

JACINTO GRAU

l señor de Pigmalión

Farsa tragicómica de hombres y muñecos, en tres actos y un prólogo.

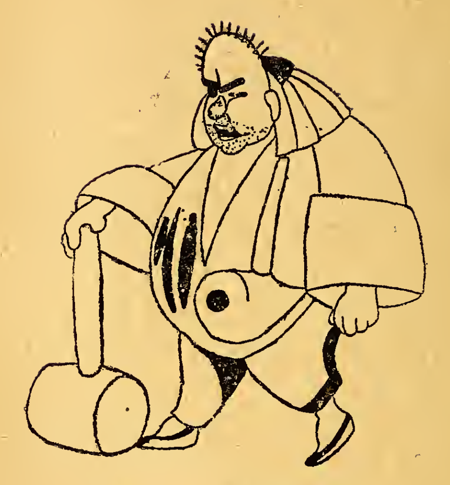
50 CENTIMOS

AL LECTOR AVISADO

Esta farsa, ya publicada hace siete años en una de las pulcras y magníficas ediciones de "Atenea", se reproduce aquí tal como se representa, muy reducida y expurgada, con otro final, si idéntico en la intención, ligeramente modificado en el juego escénico, tal como se hizo en París.

La señora Meliá, en su papel, llega a la perfección, prestándole su fino y atractivo encanto personal tan colmado en ella; y tanto esta ilustre y excepcionalmente bella e inteligentísima actriz como Benito Cibrián, supieron—contra todo uso y costumbre en nuestras bárbaras prácticas teatrales—no sólo dejar a su autor y al decorador eminente encargado de la plástica escénica en completa libertad de acción, dándoles la máxima autoridad, sino que contribuyeron ellos por su parte a todo el buen conjunto de la representación, de tal modo, que, de haber mayor sensibilidad pública, se recordaría el estreno en Madrid del Señor de Pigmalión, *en lo que se refiere a interpretación y contorno, como una de las primeras realizaciones integrales de arte teatral, realizadas en nuestro desmayado y rutinario tablado de la farándula.*

J. Grau.



El enano de la Venta.



JUAN EL TONTO

EL SEÑOR DE PIGMALION



POMPONINA

DEDICATORIA

A Pepita Meliá, la del gentil donaire, una Pom-onina ideal, y a Benito Cibrián, creador extraordi-ario, verdaderamente genialísimo, de su papel y riel vivificador de todos los personajes que inter-retan la farsa, dedica efusivamente su devotísimo

JACINTO GRAU.



DON LINDO

JACINTO GRAU

EL SEÑOR DE PIGMALION

FARSA TRAGICÓMICA DE HOMBRES Y MUÑECOS
EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

Representada por primera vez en París, el 14 de febrero de 1923, en el *Teatro Montmartre*, por la compañía *L'Atelier*, y en el *Teatro Nacional* de Praga, el 3 de septiembre de 1925; se estrenó en España, en el *Teatro Cómico* de Madrid, por la Compañía Meliá-Cibrián, el 18 de mayo de 1928.

Ilustraciones de Salvador Bartolozzi; el admirable dibujante que puso en escena esta obra. Los bocetos de decorados y los muñecos son los que sirvieron para el montaje de *El señor de Pigmalión*.



LA FARSA
AÑO II ✠ 9 DE JUNIO DE 1928. ✠ NUM 40.
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRÓLOGO	
Doña Hortensia	Carmen Sánchez.
Teresita	Coral Díaz.
Pigmalión	José Calle.
El Duque de Alpucara	Pedro Oltra.
Ponzano	Gonzalo Lloréns.
Don Lucro	Enrique García Alvarez.
Don Javier	Rafael Benítez.
Don Horacio	Andrés Novo.
Un portero	Enrique Ripoll.
MUÑECOS DE LA FARSA	
La Bella Pomponina	Pepita Meliá.
Muñecas al servicio de Pomponina — *Lucinda*	María Carrizo.
Muñecas al servicio de Pomponina — *Corina*	Coral Díaz.
Muñecas al servicio de Pomponina — *Marilonda*	Pepita Ripoll.
Muñecas al servicio de Pomponina — *Dondinela*	Emilia Chafes.
Julia	Catalina Cerviño.
Juan el Tonto	Benito Cibrián.
Don Lindo	Delfín Prieto.
Pedro Urdemala	Fernando Venegas.
El Capitán Araña	Gonzalo Lloréns.
El viejo Mingo Revulgo	Andrés Novo.
El tío Paco	José Barrera.
Perogrullo	Fernando Cortés.
Bernardo el de la Espada	José María Ovies.
Ambrosio el de la Carabina	Rafael Acevedo.
El enano de la Venta	José García.
Periquito entre ellas	Enrique Quijano.
Lucas Gómez	Emilio González.
Pigmalión	José Calle.
El Duque de Aldurcara	Pedro Oltra.
Don Lucio	Enrique García Alvarez.
Don Javier	Rafael Benítez.
Un conserje	Eladio Cepillo.



PRÓLOGO

el teatro de Aldurcara. Despacho de la empresa. Una sola puerta l fondo, practicable, forrada de cuero rojo, con mirilla ovalada de al, en lo alto. Escritorio norteamericano, cerrado. Dos mesillas máquina de escribir. Divanes y sillones de cuero. En las paredes, les colgados y superpuestos, retratos de artistas y un cartel enor- anunciando a PIGMALIÓN y sus muñecos como sigue: "¡Exito mun- ¡Prodigio nunca visto de mecánica! ¡Acontecimiento único, sen- nalísimo y maravilloso de los tiempos modernos!" Dos carteles grandísimos, reproduciendo cada uno un retrato distinto de PIG- ÓN y varias tiras sueltas y anchas con el nombre del retratado, ruesas letras de colores. Son las dos de la tarde. Desierta la estancia.

ESCENA PRIMERA

TERO, con gorra galoneada, abriendo la puerta y precediendo a PONZANO

ONZANO. *(Un actor cómico en boga, con mucho empaque n gran contento de sí mismo, claramente visible. Entra del portero, hablando autoritario.)*—Dígales usted que zano. Ponzano, ¿eh? ¡Ponzano!

PORTERO.—Sí, señor sí. Ponzano.

PONZANO.—Que Ponzano aguarda aquí. Cosa urgente.

PORTERO.—Sí, señor, sí, voy. *(Retírase, cerrando tras sí la puerta.* PONZANO *se repantiga en un sillón, se quita sombrero, que deja de malísimo humor en el diván cercan dando un golpetazo; mira la hora en su reloj, pega un patadita de rabia en el suelo y saca un pitillo, que enciend Una pausa. Silencio absoluto.* PONZANO *echa bocanadas humo.)*

PONZANO. *(Cansado de silencio y de estar a solas consi mismo, levántase. paseando de extremo a extremo, hablándo a sí propio.)*—Como vuelvan a decirme algo de Pigmalió les suelto una fresca. Si creerán que porque viene el tío f ése, los demás no somos nada. *(Volviendo a mirar el r loj.)* ¡Y no viene nadie! ¡Peor para ellos! ¡Más bilis criar *(Va hacia el diván, en el que se deja caer, dándole a l piernas un tembleque de ira.)* ¡Lo toman con calma...! ¡Q gente! ¡No saben ser empresarios! *(Se tiende en el divá apartando el sombrero y abriendo mucho las piernas.)* ¡Gr seros siempre!

ESCENA II

Ábrese rápidamente la puerta y entra DOÑA HORTENSIA con TERESIT DOÑA HORTENSIA viene un poco amoscada y muy digna. TERESIT acicaladísima.

DOÑA HORTENSIA. *(A* PONZANO.*)*—¡Hombre! Está ust ahí.

PONZANO. *(En tono protector, sin levantarse ni corregir postura, sobrado familiar.)*—Así parece. Hola, Teresit ¿Qué hay?

DOÑA HORTENSIA. *(Sin dar tiempo a que conteste* TERESITA.*)*—Pues hay que desean hablar con ésta. *(Señalando su sobrina)*, para ver si quiere hacer el papel dramáti de *La Mano colgante*, y la niña, la verdad, por dos noch no me parece bien que se moleste en hacer un papel. Lue han venido a contratarla a última hora. He recibido recado esta mañana.

PONZANO. *(Desde su diván.)*—Siempre lo mismo. Yo q usted, Teresita, les decía que no.

TERESITA. *(Con aires candorosos de chiquilla inocente.)* Yo lo que la tía diga, lo que la tía quiera.

PONZANO.—Que le den morcilla a la empresa. Que le ha el papel su abuela o Pigmalión. Bolos, no, niña, aunque s en Madrid.

DOÑA HORTENSIA.—Total, por dos noches. El jueves d buta Pigmalión.

PONZANO.—¡Qué lata! Un mes hablando a todas horas del o camama ése, que será un ventrílocuo más. Nada, tres oches de lleno y san se acabó, y eso si llega. No saben ser npresarios.

DOÑA HORTENSIA.—¡Y qué reclamo, hijo! ¡Ni que viniese ios a trabajar aquí!

TERESITA.—¡El dinero que se han gastado en anuncios!

PONZANO.—Estoy de Pigmalión ya hasta la coronilla.

DOÑA HORTENSIA.—A lo mejor será un camelo el tío ése.

PONZANO. *(Consultando de nuevo su reloj.)*—¡Seguro! ¡Un .melo seguro! Vaya, abur. No espero más. *(Levantándose ronto, cogiendo el sombrero y encasquetándoselo hasta el gote.)* Háganme ustedes el favor de decirle a la empresa, iando venga, que he esperado más de media hora, y que) aguardo más. Que no ensayo esta tarde. A mí no se me monta nadie, no señor.

DOÑA HORTENSIA. *(Llena de interés.)*—¿Qué le pasa a usd, Ponzano?

PONZANO.—Nada, que a mí no se me remonta nadie, ¿sa-? Aunque no sea yo Pigmalión.

DOÑA HORTENSIA.—¿Pero qué le ocurre a usted?

PONZANO.—Ese fantoche de Miranda, será un gran actor, a trágico, pero no viene nadie a verlo. En cambio yo, cuan-) pongo una obra mía, lleno el teatro, ¿sabe?

DOÑA HORTENSIA.—Qué duda cabe, el solo nombre de usd...

PONZANO. *(Excitándose progresivamente y sin atender a* OÑA HORTENSIA.*)*—Ellos serán muy actores y muy genias y muy dramáticos; pero andan años y años por provinas dando tumbos, y cuando vienen aquí, el drama de verad es el de la taquilla: ¡ni una perra chica! Yo seré muy alo y un actor bruto, pero llevo ya años y años en Madrid, sabe?..., y ahí están los periódicos. Cinco contratos me han llido aquí ya y aun no he hablado de despedirme de la ompañía.

TERESITA.—Sí, ayer leímos en el *Heraldo*...

PONZANO.—En el *Heraldo* y en todas partes es público que me solicita.

DOÑA HORTENSIA.—¡Qué duda cabe!

PONZANO.—Cuando pregunten por mí, dígale usted a la emresa que ni ensayo ahora, ni voy con la compañía a provinas. Que se lleven a Miranda solo. ¡Adiós, Doña Hortensia! Adiós, niña! ¡Y créame usted a mí! ¡Bolos, no! ¡Bolos, *pal* ato! *(Vase airado, dando un portazo.)*

ESCENA III

Doña Hortensia y Teresita, solas.

Doña Hortensia.—¡Qué tupé!

Teresita.—Está engreído. Claro, lo aplauden tanto, gana tanto...

Doña Hortensia. *(Dándose otra vez aire unos momentos.)* Cuando venga la empresa, le vas a decir que no puedes hacer el papel de ninguna manera en tan poco tiempo.

Teresita.—Pero no me ha dicho usted que es una ocasión ésta y que debo agarrarme a ella.

Doña Hortensia.—Sí, hija, sí, qué duda cabe: pero debes negarte al principio. Así te lo agradecerán más. Fortuna que estoy yo a tu lado con mi experiencia.

Teresita.—Sí, tía, sí.

Doña Hortensia.—A mí me han salido las muelas en el teatro, y la del juicio representando una comedia. La última que representé.

Teresita.—Se convenció usted de que no servía.

Doña Hortensia.—¡Qué disparate! Al contrario, que servía de sobra. ¿No sabes tú que yo era una barbaridad de actriz?

Teresita. *(Contemplando el cartel de Pigmalión.)*—Sí, tía, sí.

Doña Hortensia.—Claro que sí.

Teresita.—Qué buena facha tiene ese Pigmalión.

Doña Hortensia.—No sé por qué me parece a mí que ese Pigmalión va a ser como la barbería de José María, poco jabón y mucha bacía.

Teresita.—Pero, tía, si es una celebridad mundial.

Doña Hortensia.—Esas son las que dan el batacazo más fuerte.

ESCENA IV

Las mismas y Don Agustín, el representante. Entra empujando la puerta suavemente, y al verlas se quita el sombrero con mucha finura. Es un señor muy ceremonioso y muy gestero.

Don Agustín.—¡Ustedes aquí! ¡Perdonen ustedes! ¿Saben los empresarios que esperan ustedes?

Doña Hortensia. *(Levantándose.)*—Sí, les hemos mandado recado.

Don Agustín.—Con la llegada de Pigmalión todo el mundo anda aquí de cabeza.

TERESITA. *(Llena de curiosidad.)*—¿Ha llegado Pigmalión?

DON AGUSTÍN.—Sí, ha llegado esta mañana.

TERESITA.—¿Se parece al cartel?

DON AGUSTÍN.—No lo he visto. Lo ha recibido en la estaón el señor duque. Dicen que tiene una gran presencia. hora que él no trabaja. Sólo trabajan sus muñecos.

DOÑA HORTENSIA.—Ya veremos esos famosos muñecos.

DON AGUSTÍN.—Poco hemos de vivir si no los vemos.

DOÑA HORTENSIA.—Pues nosotras hemos venido, como usd sabe...

DON AGUSTÍN.—¡Cuanto siento que se hayan ustedes mostado en balde! ¡Mil perdones en nombre de la empresa!

DOÑA HORTENSIA.—¿Pero qué pasa...?

DON AGUSTÍN.—Pues nada: que a última hora se ha reielto no dar esas dos funciones de despedida de la comıñía.

DOÑA HORTENSIA.—Ahora salimos con esas...

DON AGUSTÍN.—Ya ve usted: Pigmalión quiere ensayar solo sus muñecos. ¡Fuerza mayor!

DOÑA HORTENSIA.—¡Conste que por la niña no hubiera ıedado! ¡Tiene mi sangre! Hubiese hecho el papel en dos as. No lo duden ustedes.

DON AGUSTÍN.—¡Qué hemos de dudarlo! Cuenta con ella empresa para la excursión de provincias. ¿Irá usted, vered, Teresita?

TERESITA.—Yo, lo que mi tía diga, lo que mi tía quiera.

DOÑA HORTENSIA.—Ya veremos. ¿Por qué no ha de ir? Y ga usted, ¿piensa la empresa tirar sólo aquí con ese Pigalión hasta el verano?

DON AGUSTÍN.—Y más tiempo que hubiera.

DOÑA HORTENSIA.—Pero ese hombre se agotará en quince as.

DON AGUSTÍN.—No, señora. Viaja con muchos muñecos.

TERESITA.—¿Y es verdad que hablan esos muñecos?

DON AGUSTÍN.—Mejor que usted y que yo.

DOÑA HORTENSIA.—Mejor que los actores no es posible.

DON AGUSTÍN.—¡Señora, hay cada actor por ahí! ¡Y cada ıtor! Ya ve usted, Pérez, el traductor de *La Mano colgan-*, todavía dice *pusilámine* y *exámine* y *cuala,* y cobra sus ıenos miles de duros de derechos. Así está el hombre, de nto y ensoberbecido, chillándole ahora a la empresa. Pide ıa indemnización si no le estrenan aquí en seguida *La ıano colgante.*

DOÑA HORTENSIA.—Pues hay que hablar con ese hombre en guida, Teresita. *(Tomando a* TERESITA *por un brazo.)*

Vamos, niña, vamos aprisa, antes que se vaya ese hombre... Que te conozca Pérez, que te vea Pérez...

TERESITA.—Voy, tía, voy. (*DOÑA HORTENSIA empuja a la sobrina hacia la puerta. Vanse ambas. DOÑA HORTENSIA sale la última, dando un portazo.*)

ESCENA V

DON AGUSTÍN, solo. Después PORTERO.

DON AGUSTÍN. (*Va a una mesita, ante la que se sienta, preparando papel para escribir a máquina. Llaman a la puerta.*) Adelante.

PORTERO. (*Entreabriendo la puerta, quitándose la gorra y mostrando un paquete de papeles.*)—Los retratos, programas y anuncios de mano de Pigmalión.

DON AGUSTÍN.—Déjalos ahí, en la mesa.

PORTERO. (*Entrando y obedeciendo.*)—Está el de la cartelera.

DON AGUSTÍN.—Que espere.

PORTERO.—Muy bien.

DON AGUSTÍN.—¿Ha venido don Horacio?

PORTERO.—Aún no. ¿Quiere usted algo?

DON AGUSTÍN.—Nada. (*Vase el PORTERO. DON AGUSTÍN sigue arreglando el papel de la máquina. Otro silencio. Ábrese de nuevo la puerta, y entran DON LUCIO y DON JAVIER.*)

ESCENA VI

DON AGUSTÍN y los dos empresarios.

DON JAVIER.—¡Hola!

DON LUCIO.—¿Qué está usted haciendo?

DON AGUSTÍN. (*Levantándose.*)—Iba a escribir las cartas que me encargaron ustedes.

DON JAVIER.—Déjelo usted todo, vaya a Contaduría y telefonee al de los anuncios luminosos.

DON AGUSTÍN.—Va a subir el presupuesto una enormidad.

DON JAVIER.—¡No importa! Pigmalión es una mina. En Boston sólo, ha dado una millonada. En San Francisco de California, otra...

DON LUCIO.—Se trata de un acontecimiento mundial y hasta científico.

DON JAVIER.—Una cosa nunca vista. Pigmalión ha hecho el hombre artificial. Telefonee usted lo dicho.

DON AGUSTÍN.—Lo que ustedes quieran. He visto a Ponzano, y...

ON JAVIER.—Sí, sí, ya sabemos, ya. ¡Nada! Entre Ponza-
7 Miranda, Ponzano. Damos preferencia al género cómico.
acuerdo con los de provincias.

ON LUCIO.—Sólo que Ponzano pasa ya de lo cómico.

ON AGUSTÍN.—Abusa de las toninadas.

ON LUCIO. *(A DON JAVIER.)*—Ya verá usted cómo Miranda pone en ridículo en la Prensa. Tiene muchos amigos, un 1 nombre...

ON JAVIER.—Me importa un comino a mí el ridículo y el bre de Miranda. ¡Pesetas, pesetas!

ON LUCIO.—A eso estamos.

ON JAVIER.—Además, después de traer a Pigmalión, nues-nombre de empresarios queda a gran altura. *(Volviéndose a DON AGUSTÍN.)* ¿Y don Horacio?

ON AGUSTÍN.—No lo he visto. Es raro que no esté aquí ya.

ON LUCIO.—¡Un día como hoy! También lo toma con cal-Telefonee usted lo convenido. Ultimo precio. Que venga de la casa.

ON AGUSTÍN.—Voy al momento. *(Sale rápido.)*

ESCENA VII

DON LUCIO y DON JAVIER.

ON LUCIO. *(Sentándose ante el escritorio americano, éndolo y poniéndose a revolver cartas y papeles.)*—Hay gran expectación.

ON JAVIER.—Sobre todo, es un tío ese Pigmalión, que ha un dineral en todas partes.

ON LUCIO. *(Ordenando unos legajos.)*—En todas partes, En los Estados Unidos nada más.

ON JAVIER. *(Sentándose en una butaca, después de acer-a al escritorio.)*—Hombre, donde ha actuado. Allí empe-Créame usted, de allí nos vienen siempre ahora los gran-adelantos.

ON LUCIO. *(Atando un manojo de cartas.)*—Hoy las cien-adelantan que es una barbaridad, como cantan en *La bena.*

ON JAVIER.—¡Qué tiempos aquellos de *La Verbena!* En-es sí que se hacían negocios en el teatro.

ON LUCIO.—Y ahora se harían también, si no fuera por ue nosotros nos sabemos.

ON JAVIER.—Y tal, hombre, y tal. Ya está decidido, el año viene otro teatro.

ON LUCIO.—Si no tenemos la suerte de dar con ese Pig-ión y de que, por lo que sea, tenga interés en empezar su rsión por España, salimos mal este año.

DON JAVIER.—Con las manos en la cabeza. Necesitamos teatro completamente libre.

DON LUCIO.—Naturalmente. Sin un propietario como el que, que nos imponga el tono del espectáculo.

DON JAVIER.—De todos modos hay que aguantarle ah porque puede hacernos un préstamo gordo, si llega el caso.

DON LUCIO.—Por eso lo soporto. ¡Pues anda, que cuand entere que nos quedamos con Ponzano y dejamos a Miran

DON JAVIER.—¿Qué tiene él ya que ver en eso? De nue compañía en provincias podemos hacer lo que dos dé la g no faltaba más.

DON LUCIO.—Y aquí lo mismo; para eso le pagamos teatro.

DON JAVIER.—¡Claro, hombre, claro! Esto es un neg como otro cualquiera.

DON LUCIO.—El decoro artístico está en las pesetas.

DON JAVIER.—Todo está en las pesetas.

DON LUCIO. *(Accionando con un paquete de cartas en mano.)*—¡Todo! La misma salud, no vale nada sin dinero.

DON JAVIER.—Y ese duque, tanto abogar por Pigmalió tanto querer ir a recibirlo y mangonear él solo, y aun no venido a darnos cuenta de la llegada.

DON LUCIO. *(Dejando su asiento.)*—Si tarda más el du nos vamos a ver a Pigmalión al Palace.

DON JAVIER. *(Poniéndose también en pie.)*—Eso estaba p sando. Voy a pedir un coche.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y el DUQUE. Entra alborozado, abriendo precipitadam la puerta del despacho. Gran presencia; flor en el ojal.

DUQUE. *(Descubriéndose. Los empresarios le imitan.)*—B nas tardes, señores.

DON LUCIO.—Por fin, duque, por fin.

DON JAVIER.—Nos íbamos ya a ver a Pigmalión.

DUQUE.—Vengo entusiasmado. Desde que llegó Pigma esta mañana, hasta ahora, salvo el rato que se separó de para quitarse el polvo del viaje, no me he apartado de ¡Qué hombre más extraordinario! Ya verán ustedes, ya. un nuevo Cagliostro.

DON JAVIER.—¿Un nuevo Ca... qué?

DUQUE.—Un nuevo Cagliostro.

DON JAVIER.—¿Cagliostro? No me suena el nombre.

DON LUCIO.—¿Ese Cagliostro, hizo también muñecos?

DUQUE.—Pero, hombre, no tienen ustedes idea de nada

DON JAVIER.—Ni falta que nos hace, créame usted.



Pepita Meliá y Benito Cibrián, en sus admirables creaciones de *Pomponina* y *Juan el tonto*, de *El Señor de Pigmalión.*



Sugestiva escena del primer acto de *El Señor de Pigmalión*, en que se presentan los muñ[illegible]

DON LUCIO.—Díganos, díganos usted de Pigmalión, de éste, del de ahora, que es el que nos importa.

DON JAVIER.—¿Cuándo podremos verlo?

DUQUE.—Viene en seguida. En cuanto vea él mismo cargar sus cajas en la estación y sacar el carro-automóvil de los muñecos.

DON LUCIO.—¿Y qué? ¿Es un hombre listo, eh?

DUQUE.—¿Cómo listo? Es un portento. Y he tenido una sorpresa agradable. Es español.

DON JAVIER.—¿Español?

DON LUCIO.—¡Malo! Interesará menos al público. No conviene que se diga.

DON JAVIER.—Es mejor que sea francés, o alemán, o sueco, lo que sea.

DUQUE.—Por mí, que pase por chino. Salió de aquí muy niño para buscarse la vida, y, él solito, ha realizado el mayor prodigio que se ha hecho en el mundo. Crear la criatura humana artificial. Sus muñecos viven como nosotros. Un portento. Ya verán ustedes.

DON JAVIER.—Sí que es interesante eso.

DUQUE.—Menos mal que le interesa a usted algo fuera de las pesetas.

DON JAVIER.—Es que es desde el punto de vista de las pesetas precisamente, que me interesa.

DON LUCIO.—Naturalmente.

DON JAVIER.—Usted, duque, como es muy rico, no sabe de la vida.

DON LUCIO.—¿Ha visto usted algún muñeco de Pigmalión?

DUQUE.—He visto sólo fotografías y escenas de las farsas en muchos periódicos ilustrados norteamericanos, pero se me hacían minutos las horas oyendo a Pigmalión, que me dejó embelesado. Es un verdadero artista, de los pocos que hay; un artista de raza.

DON LUCIO. *(Con la cara súbitamente alargada por el pánico.)*—¡Recontra!

DON JAVIER. *(Con una desesperación sincera y cómica, yendo a sentarse abatido en un sillón.)*—¡Pues nos hemos lucido!

DON LUCIO. *(Yendo a sentarse en el sillón cercano.)*—¡Nuestro gozo en un pozo!

DUQUE. *(Que permanece de pie ante ambos.)*—¿Pero están ustedes locos?

DON LUCIO.—No, señor, muy cuerdos.

DON JAVIER.—¿Usted sabe lo que quiere decir un artista?

DUQUE.—Pero, hombre...

DON JAVIER. *(Desde su sillón, con acento tristísimo.)*—Los he sufrido por desgracia. ¡Sostener un artista cuesta muy caro!

DON LCUIO. *(Al que se puede ahorcar con un cabello.)*—¡Y tan caro! A veces nos cuesta cerrar el teatro.

DUQUE. *(Yendo al diván, en el que se sienta.)*—¡Son ustedes dos hombres magníficos!

ESCENA IX

LOS MISMOS y DON OLEGARIO. Un señor ordinariote, viejo, con cara simpática y de buena persona. Después, PORTERO.

DON HORACIO. *(Empujando la puerta y descubriéndose pausadamente.)*—Buenas tardes, señores. ¡Quietos! No se levante nadie.

DON JAVIER.—¡A buena hora!

DON LUCIO.—¡Lo ha tomado usted con tiempo!

DUQUE.—Viene usted oportunamente.

DON HORACIO.—¿Ha llegado Pigmalión?

DON LUCIO.—Sí, señor. Ha llegado, por desgracia.

DON HORACIO. *(Alarmadísimo y lleno de sorpresa, fijándose en la cara de sus dos consocios.)*—¿Cómo por desgracia? ¿Qué pasa?

DON LUCIO. *(Levantándose con aire mustio, yendo despacio hacia* DON HORACIO, *y hablándole cerca del oído.)*—Pasa... pasa, que Pigmalión es un artista.

DON HORACIO. *(Con súbito sobresalto.)*—¡Rediós!

DON JAVIER. *(Desde su butaca, con acento de melancolía.)*—Por lo menos, el señor duque nos lo asegura.

DUQUE. *(Desde el diván, con voz tonante.)*—¡Sí, señor, lo aseguro!

DON LUCIO.—Ya lo oye usted, don Horacio. *(Vuelve contristado a su sillón.)*

DON JAVIER. *(Dejando a su vez el asiento, yendo a* DON HORACIO. *en actitud desesperada.)*—¡Entérese usted, hombre! ¡Y usted sin venir! ¡Vaya usted tomando estas cosas con calma! *(Torna a su butaca, con aire tristísimo.)*

DON HORACIO.—¡Demonio! *(Queda él solo, en pie, en medio de la estancia. Todo su rostro parece escurrírsele y caérsele flácido. El* DUQUE, *desde el diván, lo observa regocijado. Reina un silencio trágico. Rompiendo el silencio en un tono desolado.)* ¡Cuando se entere mi Chichita! ¡Ella que esperaba un gran negocio con Pigmalión, y hacer un viaje de seis meses tirando el dinero!

DON LUCIO.—Pues ya puede usted ir dando el disgusto a Chichita. Que se despida del viaje.

DON JAVIER.—El que va a viajar pronto, como no gusta aquí, es Pigmalión.

DUQUE.—Todo esto es delicioso. Ustedes, los empresarios

so, son los únicos negociantes que desconocen la mercancía que negocian: el arte.

DON JAVIER.—No nos hable usted ya más del arte, por Dios.

PORTERO. *(Abriendo la puerta.)*—El señor de Pigmalión.

DUQUE. *(Poniéndose en pie.)*—Que pase, que pase inmediatamente.

DON HORACIO, DON LUCIO *y* DON JAVIER. *(A una.)*—¡Pigmalión! *(Levantándose también los tres.)*

DUQUE.—Que entre, que entre en seguida.

PORTERO.—Está bien. *(Vase.)*

ESCENA X

Los MISMOS y PIGMALIÓN. Es un hombre de media edad, de aspecto joven. Cara afeitada, interesantísima. Ojos escrutadores y vivos. Viste traje oscuro y usa monóculo grande, con círculo de concha.

PIGMALIÓN. *(Entra saludando, quitándose el flexible. Avanza unos pasos. Gran soltura de ademanes. Castellano corriente, con un ligerísimo acento exótico.)*—Señores, muy buenas tardes.

DUQUE. *(Efusivo, yendo hacia él.)*—¡Admirable, Pigmalión! Le debo a usted unas horas inolvidables!

PIGMALIÓN.—Muy amable, es usted muy amable.

DUQUE.—Aquí tiene usted a los empresarios. No han ido a recibirle por culpa mía. Deseaba verle a usted, yo solo, primero.

PIGMALIÓN. *(Inclinándose ante los tres consocios.)*—Tanto gusto, señores.

DUQUE. *(Presentando.)*—Don Horacio Andrade. Don Lucio Ibáñez. Don Javier Talavera.

DON JAVIER. *(Yendo hacia* PIGMALIÓN *y alargándole la mano.)*—¿Qué tal está usted?

PIGMALIÓN. *(Estrechando la mano.)*—Bien, bien, muchas gracias.

DON LUCIO. *(Acercándose también a* PIGMALIÓN, *con la mano extendida y con esa amabilidad campechana, bastante ordinaria, muy al uso entre ciertas gentes.)*—¿Y la familia?

PIGMALIÓN.—No tengo más familia que mis muñecos.

DON HORACIO. *(Dándole también la mano.)*—Celebro mucho conocer a usted.

PIGMALIÓN.—Igualmente, señor.

DUQUE.—Aquí los tiene usted, Pigmalión, contristadísimos, desde que les he dicho que es usted un artista.

PIGMALIÓN. *(Con cierta ligera zumba en el tono.)*—Es natural, no lo habrán creído. Hay tan pocos verdaderos artistas.

DON LUCIO. A Dios gracias, y perdónenos usted la fr queza.

DON JAVIER.—El negocio, es el negocio.

DON HORACIO.—¡Y tal! Si hubiese muchos artistas, ha muy pocos empresarios.

DON LUCIO. *(Precipitadamente.)*—Vamos ahora a lo á importante. ¿Cuándo podremos ver sus muñecos?

DON JAVIER.—¿Qué calcula usted, hablando en come ic que pueden dar de sí, en un teatro como éste, sus muñe s

DON HORACIO. *(Quitando la palabra a su consocio.)*—¿C n tas representaciones de éxito han resistido en otros teat s

DUQUE.—Nos aturden ustedes, señores. Calma, calma

PIGMALIÓN.—Señores, el dinero que den mis muñecos n tiene muy sin cuidado.

DON JAVIER. *(Tragando saliva.)*—¿Sin cuidado, dice us d

PIGMALIÓN.—Absolutamente sin cuidado. *(Una pausa,* c *ras de angustia en los tres empresarios, que se miran m nos y cariacontecidos.)*

DON LUCIO. *(Bajo, a* DON JAVIER, *como si le barren e las entrañas.)*—¡Tenía razón el duque! ¡Es un artista!

DON HORACIO. *(Rápido y aparte a sus dos compañeros* — ¡Nos han clavado!

PIGMALIÓN *(Mirando al* DUQUE *maliciosamente, y dán s perfecta cuenta de lo que sucede.)*—Lo que me importa d mis muñecos, señores, ya se lo he dicho al duque, son o mismos, su vida, única hasta ahora entre muñecos, más i e resante que la de muchos hombres. Ya se convencerán us tedes.

DON LUCIO.—Si no ganase usted dinero, no podría u e viajar, ni perfeccionar sus muñecos, ni cultivar su recla c ni llevar esa vida de príncipe que usted lleva.

DON HORACIO.—Eso; sin dinero, no tendría usted ni u ñecos.

DUQUE.—Como no tendría usted a Chichita.

PIGMALIÓN.—Señores, desde luego, les puedo asegura ustedes que cuando, hace años, contruí el primer muñ c con el auxilio de un pobre obrero mecánico, yo estaba e l más negra de las miserias, y ni entonces, ni ahora que g sumas fabulosas, sin darme cuenta, tuvo para mí nin valor el dinero; la riqueza, sí; pero el dinero, créanme u e des, de todas las cosas que ha hecho el mundo, es la que l menos.

DON JAVIER. *(Quedo a* DON LUCIO, *mirándole como un* r *nero cuando lo degüellan.)*—¡Está loco!

DON LUCIO.—En resumidas cuentas, señor de Pigmal n ¿cuándo se fija el debut?

PIGMALIÓN.—Pasado mañana.

DON HORACIO.—¿Cuándo podemos nosotros ver funcionar los muñecos?

PIGMALIÓN.—Mañana por la noche.

DON HORACIO.—Perfectamente.

DUQUE.—Pero estamos todos de pie. Sentémonos. *(Torna a su diván.)*

PIGMALIÓN.—Yo, si ustedes me lo permiten, prefiero estar de pie.

DON LUCIO.—Como usted guste. Está usted en su casa. *(Va otra vez a sentarse ante el escritorio.)* DON JAVIER *y* DON HORACIO *se acomodan en su correspondiente sillón.)*

DON JAVIER. De modo que pasado mañana, sin falta...

PIGMALIÓN.—O el otro...

DON LUCIO.—¿Qué es eso del otro? Necesitamos saberlo con fijeza absoluta.

PIGMALIÓN.—No se preocupen ustedes de eso ni del negocio.

DON LUCIO. *(Levantándose alarmado.)*—¿Cómo que no nos preocupemos...?

DON JAVIER. *(Poniéndose también en pie.)*—¿Quién se va a preocupar si no?

DON HORACIO. *(Imitándoles.)*—Estas son cosas muy serias, señor de Pigmalión.

PIGMALIÓN.—Sosiéguense ustedes, señores, y siéntense. Yo me comprometo, desde ahora, a ser yo solo empresario a todo evento, y les subarriendo a ustedes el teatro, con prima, si ustedes quieren.

DON LUCIO. *(Radiante, dejándose caer en su silla.)*—¿Ve usted? Eso ya es interesante. Así se tratan los negocios: poniéndose en terreno firme.

DON JAVIER. *(Tornando a sentarse, también satisfecho.)*—De ese modo, puede usted debutar cuando guste.

DUQUE.—Si arrienda usted el teatro a estos señores, yo quiero ser empresario con usted.

PIGMALIÓN.—Como usted quiera. La utilidad ya no me importa. El dinero es una cosa tan tonta, que hasta se deja ganar muy fácilmente por unos muñecos. ¡Cuántos hombres, menos inteligentes que mis fantoches, han conseguido fortunas grandes! Lo que se da tan fácilmente a necios y a muñecos no puede valer mucho.

DON LUCIO.—¿Pero tanto han dado los muñecos de usted?

PIGMALIÓN.—En los pocos años que los paseo por el mundo me han hecho varias veces millonario.

DON LUCIO. *(Con los ojos muy abiertos, escapándosele, a su pesar, la palabra.)*—¡Jinojo!

DON JAVIER.—¿Pero tanto tienen esos muñecos de p ticular?
DON HORACIO.—Aunque los hemos de ver, no estaría más que usted nos explicase ahora...
DUQUE.—Sí, Pigmalión; dígales usted...
PIGMALIÓN.—Con mucho gusto. Es de lo que prefiero l blar. Lo que más me interesa de todo en el mundo son n muñecos. Yo los inventé entre anhelos y fiebres, y ahora, q viven y asombran cual un prodigio desconocido hasta el p sente, ellos me poseen a mí, a su creador, y en lugar del a he pasado a ser el esclavo de mis juguetes.
DON JAVIER.—¿Cómo le da usted solo cuerda a tanto m ñeco?
PIGMALIÓN.—Mis muñecos, como nosotros, tienen cue perpetua, hasta que se deshagan del todo.
DON LUCIO.—¿Cómo? ¿No se estropean esos muñecos?
PIGMALIÓN.—Se estropean como nosotros nos ponemos fermos. Yo los arreglo; pero cuando la compostura es gra hay que destruir el muñeco y hacer otro. Se acaban, co los seres vivos.
DON HORACIO.—Es increíble.
PIGMALIÓN.—Logré infundirles tal vida, que necesito jetarlos, vigilarlos y conducirlos bien. Sospecho que a ve en la soledad, salen de sus cajas y viven a mis espaldas, t mando diabluras. Además, me odian. Sobre todo Pomponi La he construído bellísima, como esas imaginarias prin sas de los cuentos, y tan ligera y vana como una quimera. es nada y se ha apoderado de mi vida. Como se enamoró famoso rey de Chipre, cuyo nombre he tomado, de la esta que esculpió, me he enamorado yo de Pomponina. Imposi idear nada más hermoso ni más frágil.
DON HORACIO.—Como mi Chichita.
PIGMALIÓN.—¿Su Chichita es una niña?
DON HORACIO. *(Suspirando.)*—¡Ay, no! Es una mujer que tiene lo suyo, créame usted; tiene lo suyo.
DUQUE.—Y se lleva lo ajeno que es un gusto, ¿verdad, H racio?
PIGMALIÓN.—Su Chichita de usted y toda mujer, por h mosa que sea, no puede resistir comparación con Pomponi Para construirla, escogí y reuní las más puras formas imaginaron los hombres, y es toda ella de un hechizo que una mujer a su lado resulta algo grosero.
DON HORACIO.—Caray, caray.
DUQUE.—Hay que ver al momento esa Pomponina.
PIGMALIÓN.—Yo no puedo suplicar a Venus, como el téntico Pigmalión, que anime a Pomponina, cual animó a

famosa estatua, porque mi muñeca y todos sus compañeros son ya seres animados, vivos, y pasarían por personas verdaderas si no fueran conmigo.

Don Lucio.—¿Y qué representan los muñecos de usted?

Pigmalión.—Farsas cómicas, la mayor parte.

Don Lucio. *(Entusiasmado.)*—¿Cómicas? ¿Pero cómicas de verdad?

Don Javier.—¿Verdaderamente cómicas?

Pigmalión.—Completamente cómicas.

Don Horacio.—¡Ay, gracias a Dios que nos han *resolvido* la temporada!

Don Javier.—Como que en lo cómico está el dinero.

Don Horacio.—¡Claro! Al teatro va la gente a divertirse, no a llorar.

Duque.—Desde que ando por el mundo vengo oyendo esa frase a todos los tontos que he encontrado por ahí.

Don Horacio.—Yo no me incomodo por que me llame usted tonto. ¡A mí pesetas, pesetas!

Pigmalión.—Mis muñecos son, en su mayoría, grotescos. Tipos populares españoles. Alguno de ellos de cuidado, se me creció entre las manos cuando lo hacía; pero Pomponina, sobre todo, y las otras muñecas de su acompañamiento, luego, son el trasunto más acabado de la hermosura femenina y terrenal.

Don Lucio.—Que lleva usted un harén consigo, vamos.

Pigmalión.—Con la ventaja de que no hay que mantenerlo.

Don Javier.—Al contrario: le mantiene a usted su harén.

Don Horacio.—Caray con el tío, lo que lleva.

Pigmalión.—Lo que llevo es una gran tristeza conmigo mismo. Estoy locamente enamorado de una muñeca, como tantos hombres; sólo que ellos no saben que adoran una muñeca, y yo sí lo sé.

Don Javier.—Si no supiésemos quién es usted, creeríamos que estaba usted loco.

Pigmalión.—Voy camino de estarlo. Dios me castiga por haber querido meterme en su oficio. Idolatro a Pomponina. Muchos de mis muñecos la codician.

Duque.—¿Cuándo veremos a esa Pomponina?

Pigmalión.—Pronto la verá, desgraciadamente para usted, y en cuanto la vea, la simpatía que me tiene se trocará en odio.

Duque.—Demontre, Pigmalión...

Pigmalión.—Ya sabe usted cómo hice mis muñecos.

Don Lucio.—Hombre, cuéntenos usted a nosotros...

Duque.—Sí, cuénteles usted; es interesantísimo. Verán ustedes...

DON JAVIER.—Somos todo oídos. *(Escúchanle atentos.)*

PIGMALIÓN.—Cuando niño, vi aquí, en Madrid, casualme te, en la colección particular de un inglés muy rico, unos mu ñecos antiguos, de palo, maravillosos, construídos por aqu célebre Juanelo, relojero de Carlos V, y por Vaucanson. Es autómatas se movían y andaban de un modo perfecto. M impresionaron hondamente. Luego, como si fuese mi desti que me los pusiese delante, tuve ocasión de ver muñecos ja poneses y chinos, carátulas prodigiosas; máscaras de la c media italiana, unas de cera pintada, otras de seda; caret de Venecia, con expresión enigmática; un verdadero compe dio, en fin, de histrionismo hiriente y heterogéneo, un mun de muecas, de geniales deformaciones plásticas... Vien todo eso nació en mí la idea de crear artificialmente el act ideal, mecánico, sin vanidad, sin rebeldías, sumiso al poet creador, como la masa en los dedos de los escultores...

DUQUE.—Estupenda ocurrencia. Se cambiaría el teat completamente.

PIGMALIÓN.—Luego, leyendo la Enciclopedia de Edimbu go, fuí más lejos en mi propósito, y me tentó el deseo de s brepujar a la mecánica y producir muñecos-criaturas de u barro sensible y complicado como el humano.

DUQUE. *(Con la mirada fija sólo en* PIGMALIÓN, *pendien de sus palabras.)*—¡Atrevida idea!

PIGMALIÓN.—Muchos la han tenido; yo sólo la he realiz do, y pienso llegar a más; crear algo mejor que el hombre.

DUQUE.—¡Demonio!

PIGMALIÓN.—Me anima a ello el resultado de mi prim ensayo. Mis muñecos tienen por dentro arterias, nervios, vís ceras y hasta un jugo que hace las veces de sangre. *(Los tr empresarios vanse quedando beatíficamente inmóviles, acar ciados por un sopor incipiente.)* Ante el cadáver, penetránd lo con los ojos ávidos, años y años, bosquejé mi plan. He bu cado las materias mejor combinadas para mi objeto, las má dinámicas, algunas rarísimas y desconocidas aún, y empec a crear mis figuras. Todas ellas tienen radium, láminas ima tadas de un acero especial, combinado y sensibilizado por m *(Los empresarios comienzan a dormitar, cabeceando liger mente.)* Todas ellas tienen red complicadísima de fibras te tiles, elaboradas en años de rebusca y angustia; corazone vivos, contráctiles, auténticos, sacados de animales y puest de modo que... *(Se oye un ronquido fuerte de* DON HORACI *ya completamente dormido.)*

PIGMALIÓN. *(Mira a los empresarios, interrumpe instant neamente su discurso y dice al duque, bajando la voz.)*—¡S han dormido!

DUQUE. *(Levantándose, va de puntillas a* PIGMALIÓN, *y le ice, también quedamente.)*—Psss... Venga usted conmigo. Ie lo seguirá usted contando fuera. Me interesa tanto lo que sted dice, que me da fiebre.

PIGMALIÓN.—Yo hace años que tengo fiebre continua. *(Perbense ya los ronquidos secos y mezclados de los tres emresarios, que, dormidos completamente, dan cabezadas treiendas, como si compitiesen para ver quién las da mejor y ás rápidas.)*

DUQUE. *(Sigue hablando en tono bajo.)*—Ya lo ve usted. n cuanto se humaniza y les dice algo de verdadero interés, duermen.

PIGMALIÓN. *(También con voz apagada.)*—Es natural.

DUQUE.—Del mundo vario, de toda la obra del Universo ntero, no les preocupa más que el libro de caja, las pesetas su taquilla.

PIGMALIÓN.—¿Qué quiere usted que les preocupe? De su quilla viven. Son como mis actuales muñecos. Dan de sí quello que tienen. Cada hombre no puede ser más que como forjaron.

DUQUE. *(Cogiendo del brazo a* PIGMALIÓN *y conduciéndolo espacio a la puerta, andando con cuidado para no hacer el enor ruido.)*—Convendrá usted en que éstos son muy brutos.

PIGMALIÓN. *(Dejándose conducir.)*—Están dentro de su apel. En todas partes, salvo alguna rara excepción, suelen er iguales sus colegas.

DUQUE.—¿Tan brutos como éstos?

PIGMALIÓN.—O más. Cada oficio tiene su fatalidad. *(Salen mbos calladamente.* DON LUCIO, DON JAVIER *y* DON HORACIO *rosiguen durmiendo, roncando y cabeceando furiosamente. ae despacio el telón.)*

FIN DEL PRÓLOGO



Mingo Revulgo.



ACTO PRIMERO

En el fondo y a los lados, cortinas de entonaciones oscuras, caídas en pliegues amplios. Por techo, también tela plisada, del mismo color. Arrimadas a las cortinas del centro, nueve cajas altas, pintadas de un crema claro, lo bastante anchas para dar cabida a un muñeco del tamaño de una persona de estatura corriente. A cada lado, arrimadas también a las telas, cuatro cajas más, iguales. Todas ellas muy cuidadas, parecen nuevas, resaltan en lo oscuro de las telas y llevan en medio de la tajadera (que es como una puerta practicable) y en sitio muy visible dos letreros grandes que pueden leerse fácilmente. Arriba, uno que dice: "¡Ojo! ¡Frágil!", y más abajo, casi en el centro, el nombre del muñeco que encierra la caja. En la de POMPONINA, en lugar de ¡Ojo!, se leerá: "¡Mucho ojo!", y en vez de ¡Frágil!, "¡Fragilísima!", y en las de las cuatro muñecas, en lugar de ¡Frágil! pondrá "¡Muy frágil!" Las cajas llevarán este orden: centro, POMPONINA; derecha de la caja de POMPONINA, caja de LUCINDA, MARILONDA, DON LINDO y PERIQUITO ENTRE ELLAS; izquierda de la caja de POMPONINA, cajas de CORINA, DONDINELA, BERNARDO, el de la espada, y AMBROSIO, el de la carabina. Lado derecho, primer término, caja de JUAN el tonto; siguen la del CAPITÁN ARAÑA, PERO GRULLO y MINGO REVULGO. Lado izquierdo, primer término, caja de PEDRO URDEMALAS; siguen las del ENANO DE LA VENTA, el TÍO PACO y LUCAS GÓMEZ. Sólo una claridad tenue ilumina suavemente telas y cajas. Soledad completa.

ESCENA PRIMERA

Don Lucio y Don Javier, que entran por la izquierda, muy al prin término, en la línea del telón. Llevan abrigo y sombrero puesto. D pués, Conserje.

Don Lucio.—Aún no ha llegado Pigmalión.

Don Javier.—Ni el duque.

Don Lucio. *(Mirando su reloj.)*—Ni Horacio.

Don Javier. *(Andando hacia atrás y llegando hasta cer de las candilejas, para ver el efecto de las cajas, que res tan en lo sombrío de las telas.)*—No puede ser más senci la escenografía.

Don Lucio. *(Yendo junto a su compañero y observando c él las cajas y las telas.)*—Esa costumbre de Pigmalión de p ner las comedias con unas cortinas por todo decorado, deja de ser una ventaja económica. Sólo que una cosa es u decoración para muñecos, y otra para actores de verdad.

Don Javier.—Pues Pigmalión dice que sus muñecos son m eminentes, representando sus farsas, que todos los actor del mundo.

Don Lucio.—Bueno, eso es lo que dice Pigmalión; pero vendrá el Tío Paco con la rebaja.

Don Javier. *(Mirando a las cajas.)*—Ahí debe estar Tío Paco. *(Señalando la caja del muñeco.)* ¿No lee usted?

Don Lucio.—Sí. *(Leyendo.)* Ojo: "El Tío Paco." *(Va a caja del aludido. Su compañero le sigue. Examinando la ca tocándola y golpeándola suavemente.)* ¿Qué hay, Tío Paco?

Don Javier.—Mire usted que si contestase ahora. ¡Qué su to! Tengo ganas de ver esos muñecos.

Don Lucio.—Y yo. Son cosa diabólica, por lo visto. *(Se o un chirrido destemplado. Dando un respingo.)* ¿No oye uste

Don Javier.—Sí. Un ruido en esa caja. *(Señalando la* Lucas Gómez, *junto a la del* Tío Paco, *y aplicando el oído ella.* Don Lucio *escucha también. Pausa.)*

Don Lucio.—Será algún muelle o tornillo del muñeco, q se habrá aflojado. *(Tratando de abrir la caja y zarandeá dola.)* Nada, ya no se oye nada.

Don Javier. *(Deteniendo a* Don Lucio.*)*—¡Pssi, cuidad ¿Qué hace usted, hombre? ¡Deje usted eso! Que se estrop el muñeco, y no haya mañana debut, y tengamos que dev ver el dinero, con el teatro todo vendido ya para diez día Nos lucíamos.

Don Lucio.—No diga usted nada a Pigmalión. ¡Con lo q nos ha encargado que no toquemos las cajas!

DON JAVIER.—Qué le he de decir, hombre.

DON LUCIO. *(Mirando una caja por entre las junturas.)*—odo esto es muy escamante.

CONSERJE. *(Gorra en mano, entrando por donde antes los npresarios.)*—Don Agustín telefonea que ha salido la comañía para Valencia, y que si no lo necesitan ustedes, no endrá esta noche, porque está un poco acatarrado.

DON JAVIER.—Bueno, que no venga.

DON LUCIO.—Cúbrase, García, cúbrase. *(El* CONSERJE *obeece.)* ¿Esta arriba el contador?

CONSERJE.—Sí, 'señor; están todos los de Contaduría. Quiere usted algo?

DON LUCIO.—Nada. Ya subiré yo luego.

CONSERJE.—Está bien. *(Vase, volviendo sobre sus pasos.)* h, se me olvidaba. Ha dicho el señor Pigmalión que si oímos uido en las cajas, que no nos preocupemos *(Acentuando muho las sílabas,)*; que al menor cambio de temperatura, o a más levísima oscilación del suelo, cruje la maquinaria omplejísima que hay dentro.

DON JAVIER.—¡Caramba, García; desde que ha oído usted os dramas de Bermúdez, todas las noches está usted halando que ni Castelar!

CONSERJE.—Todo se pega, Don Javier; pero para hablar ien, Pigmalión. ¡Qué tío!

DON JAVIER.—Bien, García, bien. Tráigase unas sillas.

CONSERJE.—Ha dicho Pigmalión que no quiere ningún objeo ni asiento en el escenario.

DON JAVIER.—¡Ah, si lo ha dicho Pigmalión, nada! Pigmaón manda. *(Vase el* CONSERJE.)

DON LUCIO. *(Sacando el reloj.)*—Las diez y media. ¡Lo que ardan!

DON JAVIER.—Es raro que...

ESCENA II

os dos empresarios y el DUQUE y PIGMALIÓN, también por la izquierda, primer término.

DUQUE. *(Saludando alegremente al entrar.)*—Buenas nohes.

PIGMALIÓN.—Hola, señores.

DON LUCIO. *(Yendo hacia ellos presuroso.)*—¿Por qué han ardado ustedes tanto *(Apretones mutuos de manos.)*

DON JAVIER.—Como no permite usted la entrada a nadie sta noche en el teatro, ni a nuestras familias, nos aburríanos ya.

PIGMALIÓN.—Con la familia se hubiesen ustedes aburrido

más. Tengo costumbre de anticipar sólo a la Empresa vista de mis muñecos.

DON LUCIO.—A ver si, por fin, los vemos.

DUQUE.—Nos consume la impaciencia.

PIGMALIÓN.—Pues nada; ahora la satisfarán ustedes.

DON JAVIER.—¡Gracias a Dios!

PIGMALIÓN.—Primero les enseñaré los muñecos. Despu las muñecas. Unas meras presentaciones sólo. Hasta la fu ción no los verán ustedes trabajar en las tres primeras fa sas de mi invención, ya anunciadas en el cartel para mañan

DON JAVIER.—¿No podían adelantarnos alguna escenita conjunto, por ejemplo?

PIGMALIÓN.—No, señor.

DON JAVIER.—¿Por qué?

PIGMALIÓN.—Primero, porque para representar la fars esas cajas estorban; no están a la vista del público, y vale la pena quitarlas ahora. Después, porque a mis muñ cos, cuando trabajan, hay que verlos a distancia y con oj de niño, que es la mejor manera de ver el arte, y luego po que se han fatigado mucho, encerrados en sus cajas duran el viaje, y conviene dejarles el mayor reposo posible.

DON LUCIO.—¡Hombre! ¿Es que se cansan como las pe sonas?

PIGMALIÓN.—Lo mismo. Ya les he dicho a ustedes que e tos autómatas son más que un prodigio de mecánica. Son criatura artificial y el paso más serio que se ha dado pa crear los primeros ejemplares de una humanidad futura, s los defectos de la actual.

DON JAVIER.—¡Recaray!

DUQUE.—Y el cuerpo, ¿cómo lo tienen?

PIGMALIÓN.—Como el nuestro. Idéntico. Y es todavía remedo del hombre, y por eso me dan muchos disgustos; pe un día prescindiré de ellos, porque los habré superado.

DUQUE.—Es usted un nuevo Prometeo.

PIGMALIÓN.—Exactamente. Y quizás me castiguen un d los dioses como al propio Prometeo.

DON LUCIO. *(Dando un codazo a* DON JAVIER.*)*—¡Ya en piezan con los nombrecitos!

DON JAVIER.—¡Y qué nombrecitos!

PIGMALIÓN.—Sin haber hecho estos muñecos de ensayo, podría conseguir hacerlos mejor luego.

DUQUE.—Veámoslos ya de una vez.

PIGMALIÓN. *(Yendo a la caja, primer término derecha, s guido del* DUQUE *y empresarios.)*—En seguida. Como he na do en España, he buscado para mis farsas, según ya dije ustedes, tipos populares de estas tierras, equivalentes en t

los países. Mostraré los más sencillos primero. *(Sacando la llavecita del bolsillo.)* Comencemos por el tonto.

DUQUE. *(Leyendo en la caja.)*—Juan el tonto.

PIGMALIÓN.—Eso es. Un idiota maligno, muy maligno, como tantos idiotas que hay por ahí.

DUQUE.—Es verdad. Los tontos suelen ser malignos y malintencionados.

PIGMALIÓN.—La tontería casi nunca es generosa. Necedad y mezquindad suelen ser hermanas. *(Metiendo la llave en la caja de* JUAN *el tonto, da dos vueltas. Oyense, a cada girar de la llave, chirridos agudos y musicales.)*

DUQUE.—¿Querrán ustedes creer que estoy emocionado?

DON JAVIER.—Yo tengo miedo.

DON LUCIO.—Y yo.

DON JAVIER.—Es una cosa alarmante tanto aparato.

PIGMALIÓN.—Apártense ustedes un poco hacia atrás. *(Obedecen los tres.)* ¡Va! *(Quitando la llave de la caja.)* El mismo se abrirá la puerta. ¡Sal, Juan! *(Expectación del* DUQUE *y empresarios.* JUAN *no sale.)*

ESCENA III

PIGMALIÓN, DUQUE, empresarios y los muñecos, que van apareciendo por el orden que se indica.

PIGMALIÓN. *(Imperativo.)*—¡Vamos! ¡Haz lo que te mando! ¡Sal! *(Se oye un chasquido breve de caja de música, y luego como un rechocar de muelles y herrajes, ábrese rápida la puerta de la caja y aparece* JUAN *el tonto, dando dos pasos hacia* PIGMALIÓN.*)*

JUAN.—Cu, cu. *(Va vestido como el actor cómico, clásico, del teatro ingenuo de brocha gorda: sombrerete chico y ridículo, coloradas las mejillas y la punta de la nariz; cejas inverosímiles, pelos lacios, boca puntiaguda, muy roja, afeitado el rostro caricaturesco; chaleco fantástico, pantalón pintoresco, a cuadros, y bastón grandote y pesado de payaso.* DUQUE *y empresarios obsérvanle con gran interés.)*

PIGMALIÓN.—Buenas noches, Juan. Saluda a estos señores.

JUAN. *(Con la cara seria, estúpidamente imperturbable.)*—Cu, cu.

PIGMALIÓN.—Es el menos complicado de todos. No habla. Sólo dice lo que oyen ustedes. Me bastó imitar el mecanismo de un sencillo reloj de cuco. Vamos a ir viendo ahora los otros.

JUAN. *(Balanceándose, abriendo y cerrando los ojos y haciendo muecas.)*—Cu, cu.

PIGMALIÓN.—Bueno. Cállate ya.

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN. *(Yendo hacia él, autoritario.)*—¡Silencio dicho!

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN. *(Tirándole de una oreja.)*—Va a haber s ¡A callar! *(JUAN se contrae en un quejido metálico ag Después, queda rígido, inmóvil, seriamente cómico.* PIG*LIÓN le vuelve la espalda y se dirige al* DUQUE. JUAN *la lengua y le hace guiños de burla.)*

DUQUE, *(Contemplando al muñeco.)*—¡Prodigioso! Sa lengua como una persona.

DON LUCIO.—¡Está muy bien imitado, recaray!

DON JAVIER.—¡Muy propio!

PIGMALIÓN. *(De espaldas al autómata, mirando al ro de los cuatro para ver el efecto producido.)*—Eso no es n todavía. Ahora verán ustedes. *(Más guiños de burla* JUAN *y más sacar la lengua a las espaldas de* PIGMALIÓN

DUQUE. *(Mirándo, como los empresarios, asombrado fantoche.)*—¡Qué bien juega los músculos de la cara!

DON LUCIO.—¡Pistonudo!

PIGMALIÓN.—¿Pero qué... qué pasa? *(Girándose brusc sorprendiendo al tonto haciéndole burla.)* ¡Ah, tuna *(Otro tirón de orejas y nuevo chirrido metálico.)*

DUQUE.—Finge usted perfectamente la ira.

DON JAVIER.—Muy bien combinado todo.

PIGMALIÓN.—¿Cómo combinado? Yo no estoy combin con mis muñecos. Ese idiota se burla de mí contra mi luntad. *(Al tonto.)* Si no te estás quieto, iré por la var acebuche.

JUAN. *(Con terror súbito, dilatándosele los ojos de mi repite muy aprisa.)*—Cu, cu, cu, cu, cu, cu, cu.

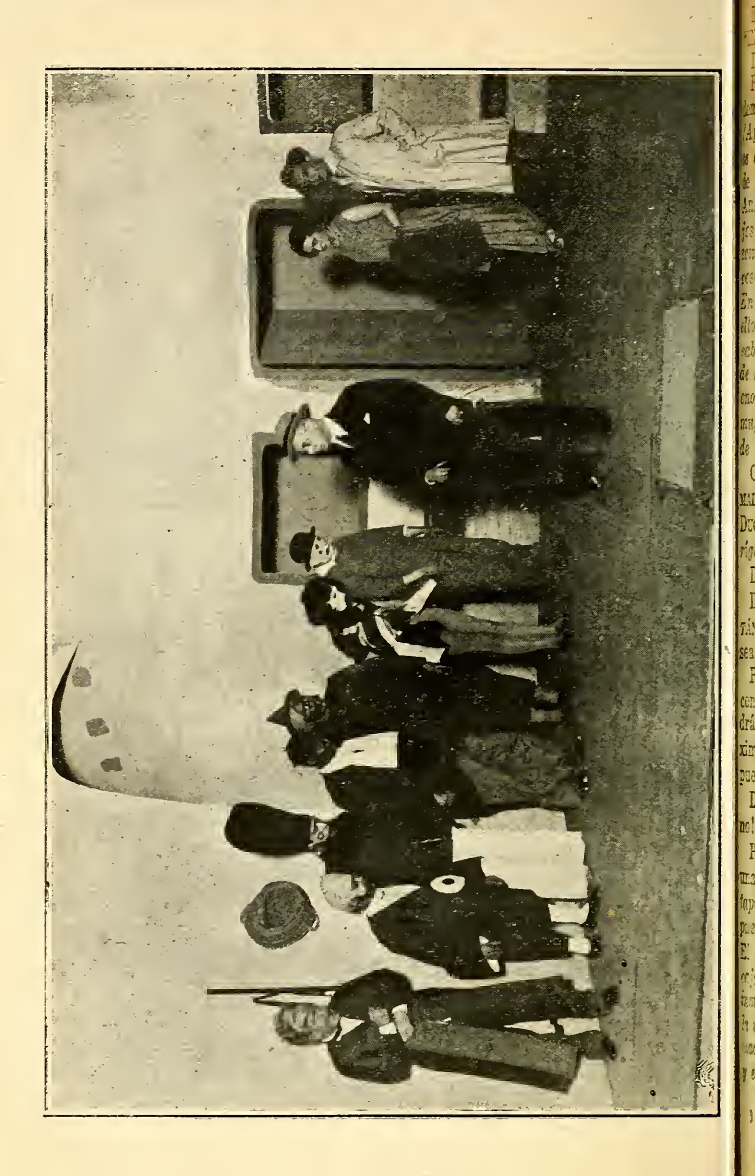
PIGMALIÓN.—Ya lo sabes. Conque no te digo más. Y acabó el cu, cu. *(JUAN se pone muy hosco y solemnem grotesco.)* Mis muñecos me odian, me hacen rabiar cu pueden y necesito castigarlos y tenerlos muy a raya.

DON LUCIO.—¡Jinojo, Pigmalión, no nos tome usted el pelo, hombre!

PIGMALIÓN. *(Encogiéndose de hombros, desdeñoso.)*—¡E no! ¡Crean ustedes lo que gusten! Dejemos eso. *(Echa una mirada a* JUAN.*)* Veamos los otros. *(Introduce la ll cita en la caja vecina a la del tonto. Los mismos son agudos y musicales, al dar vuelta en la cerradura.)*



Escena del segundo acto de *El Señor de Pigmalión*, en el instante de la fuga de los muñecos.



DUQUE. *(Leyendo también en voz alta el letrero de la caja.)* "El Capitán Araña".

DON JAVIER.—A ver cómo es el fantoche ése.

PIGMALIÓN. *(Delante de la caja.)*—Este ya habla como los demás. Se resistirán ustedes a creer que son muñecos. *(Apartando con el gesto al* DUQUE *y a los empresarios, que se echan un poco atrás.)* Señor Capitán, haga usted el favor de salir. *(Ábrese la puerta de la caja, aparece el* CAPITÁN ARAÑA, *y con el mismo sonido metálico de muelles y herrajes que se mostró el tonto, sale y avanza unos pasos. Representa un hombre cincuentón, muy acaricaturado también, vestido con uniforme estrafalario, de una milicia imaginaria. En cada bocamanga luce tres galones anchos, y encima de ellos tres estrellas muy grandes y visibles. Lleva un terrible sable corvo pendiente de la cintura, media bota, y cuélgale de la barba una perilla larga, gris, y sobre ella, resaltan unos enormes mostachos del mismo color, agresivos, prolongados, muy retorcidos y terminados en punta muy afilada, como la de la perilla.)*

CAPITÁN. *(Cuadrándose y saludando militarmente a* PIGMALIÓN.*)*—Presente. *(Bajando la mano y dirigiéndose al* DUQUE *y compañía.)* Señores, muy buenas noches. *(Queda rígido y quieto como* JUAN *el tonto.)*

DON LUCIO.—¡Recanastos!

DON JAVIER.—Habla como nosotros. *(Llegándose al* CAPITÁN *y observándolo muy de cerca.)* Parece mentira que esto sea un muñeco.

PIGMALIÓN.—Hace ya mucho tiempo que están probados y contrastados mis muñecos. Cuando sea oportuno, los podrán examinar de cerca. Ahora no los molesten ni se aproximen mucho, porque algunos de ellos tienen mal genio y pueden ustedes recibir un testarazo.

DON LUCIO. *(Alejándose corriendo del muñeco.)*—¡Caray, no!

PIGMALIÓN.—Ahora verán ustedes todo el sexo fuerte de una vez. *(Va jugando rápidamente el llavín en todas las tapaderas de las cajas de los muñecos, sin abrir ninguna puerta. Chirrido musical y metálico a cada vuelta de llave. El* DUQUE *y los dos empresarios miran asombrados, ora a las cajas, ora a* PIGMALIÓN, *ora a los dos muñecos, que permanecen inmóviles. Cuando ha terminado de hacer girar el llavín en la última caja de los muñecos del sexo masculino, da dos palmadas, dirigiéndose a las cajas.)* ¡Salgan ustedes! *(Silencio y expectación. Los muñecos no salen.)*

JUAN. *(Como desgarrando el silencio con su canto.)*—Cu, cu.

PIGMALIÓN. *(Dirigiéndose de nuevo a las cajas.)*—Vamos, aprisa. Salgan todos. Lo mando yo, Pigmalión. *(Muy imperativo, dando una palmada.)* ¡Vamos! ¡Fuera! *(Estrépito general, como el de varias cajas juntas de música; estrépito, que cesa al acabar de abrirse simultáneamente las puertas de las cajas, saliendo a un tiempo, entre un breve rechocar y rechinar de herrajes, todo el resto de muñecos varones.* DON LINDO, *el paje barbilampiño de* POMPONINA. *Un mancebo esbelto, vestido con un precioso traje convencional, similar al de esos pajes bonitos de ópera. Va sin sombrero, luce una espléndida cabellera rubia, rizada en bucles por los lados, y lleva capita corta y espadín lujoso.* MINGO REVULGO, *con traje actual, de americana, cúbrese con un flexible; tiene cabello castaño, cara gorda y vulgarísima, colores en las mejillas, panza pronunciada, leontina de oro, muy gruesa, en el chaleco, alfiler de pedrería en la corbata y varias sortijas de brillantes en la mano izquierda.* PERIQUITO ENTRE ELLAS, *ataviado como un señoritingo chisgarabís; usa botines y un bastoncillo de junco, delgado y flexible.* EL ENANO DE LA VENTA, *con ropas oscuras, del día, cual casi todos los demás muñecos, y cara anormal y espantable; cejas pobladísimas, pelos hirsutos, que le arrancan de la mitad de la frente y le asoman por narices y orejas; manos velludas, y una maza enorme en la diestra.* AMBROSIO, EL DE LA CARABINA, *con hábitos de cazador del día: sombrerillo blando, gabardina, calzón corto, media bota color cuero, cartuchera en la cintura, y colgando de la espalda, una escopeta pequeña, de juguete.* BERNARDO, EL DE LA ESPADA, *con uniforme arbitrario, entre municipal y soldado, con esclavina, que le tapa los brazos hasta más allá del codo. Lleva un morrión alto en la cabeza, barba corrida, en forma de abanico, y una tizona descomunal y fanfarrona, cuya punta casi le arrastra por el suelo.* EL TÍO PACO, *anchote, cuadrado, con aspecto de lugareño cazurro. Chaqueta corta y sombrero de alas anchas.* LUCAS GÓMEZ, *picado de viruelas, con el ojo sano ribeteado de rojo y el otro tapado con un parche negro; cabellera corta, rala y gris; nariz roma, boca torcida, grande, de buzón, y aspecto desmañado. Ostenta una prenda de cada color y corbata chillona.* PERO GRULLO, *alto, solemne, estirado, atildado. Cabeza canosa y aspecto de senador o político importante. Levita y chistera.* PEDRO URDEMALAS, *enjuto, anguloso, con cierto aspecto clerical; peinado corto, echado hacia atrás; rostro fino, afeitado, agudo, inteligente; cejas mefistofélicas, ojos vivi-*

simos, redondos y hundidos; nariz descarnada, aguileña; boca sutil y astuta. Va muy sencillo, de oscuro.

Los autómatas, después de adelantar dos pasos, quédanse fijos, cual imágenes sin vida, hasta el momento en que hablan o intervienen en acción. Entonces sus gestos y ademanes serán expresivísimos y levemente rígidos los movimientos, precedidos éstos, casi siempre, por débiles notas de sonata de juguete mecánico.

El DUQUE *y los dos empresarios, que forman grupo en primer término, atónitos, sólo miran ya a los fantoches.* PIGMALIÓN, *cerca de sus monigotes, se goza en el efecto que producen. Cuadro.)*

PIGMALIÓN. *(Tornando, después de un rato de silencio, cerca del* CAPITÁN.*)*—Aquí tienen ustedes, ya lo han visto, al celebérrimo Capitán Araña. No enardeció, como el cojitranco poeta Tirteo, a un pueblo contra otro, dándole la victoria; pero, en cambio, consiguió en sus buenos tiempos de leyenda, que riñeran entre sí muchos países, y que otros capitanes, compañeros suyos, pelearan heroicamente y se dejaran el pellejo en la batalla, mientras él, sin haber combatido nunca, se contentaba con verlos contender y morir desde lejos, y con embarcar gente y más gente, para seguir repoblando las tropas de esos capitanes. Como ven, es un benemérito de la patria. Las madres de su pueblo y su pueblo le deben estar muy agradecidos.

CAPITÁN. *(Aparatoso. Habla campanudamente y le resuena la voz en el pecho.)*—¡Y lo están! La prueba es que me han hecho inmortal.

DUQUE.—¡Maravilloso! Se expresa como una persona.

DON JAVIER.—¡Sí, canastos, como una persona!

CAPITÁN. *(Saludando de nuevo militarmente.)*—Y casi una persona soy. En ninguna empresa de importancia falto yo. Nadie como yo para llamar levas, juntar voluntades, embarcar mundo y servir al Estado y al ideal.

PIGMALIÓN.—Enterados, capitán. *(Dándole la espalda y y acercándose a los muñecos del centro.)* Aquí está Periquito entre ellas. *(Señalándolo con el dedo.)* Gran amigo de mis muñecas, que lo miman mucho. Tiene todas las condiciones apetecibles para gustarles. Es guapito, vano, calaverilla, un tanto ligero, muy divertido y poco inteligente. Como no tiene nunca que hablar de algo, habla siempre de alguien. ¿Qué más se necesita para ser afortunado con el sexo femenino? Posee, además, varios trajes y es un excelente tarambana.

PERIQUITO.—Muchas gracias. Es favor.

DON LUCIO.—¡Demonio! ¡Entienden y todo!

DON HORACIO.—¡Colosal, colosal!

DON JAVIER.—Tendrá usted un éxito loco.
DON LUCIO.—Por descontado. Un éxito *impepinable*.
URDEMALAS.—¡Impepinable! Retendremos la palabra.
DON JAVIER.—¡Jinojo! ¿Quién es el tío ese tan fúnebre y diabólico?
PIGMALIÓN.—Pedro Urdemalas.
DON LUCIO.—¡Sí que tiene cara de urdirlas mal!
PIGMALIÓN. *(Aproximándose a* URDEMALAS.*)*—Es mi muñeco más complicado y difícil de hacer y tan inteligente como yo. No se puede conseguir ya más, ni construir mejor una cabeza artificial. Sólo que es progresivamente malo. Cuando estaba a medio hacer me asusté, pero ya no tenía tiempo de rectificar, y entre destruir mi obra o terminarla opté por lo último.
URDEMALAS.—Hiciste bien. Yo soy necesario en las farsas. Sin mí no sería posible ni el teatro, ni este mundo nuestro, ni el tuyo, ni el otro que dices que hay. Soy, pues, algo preciso, indispensable.
EL TÍO PACO. *(Dirigiéndose a* URDEMALAS.*)*—Exageras, hombre, exageras. *(Habla calmosamente, con ademanes reposados, aires de zorro viejo y en tono sentencioso, cual esos rústicos sabihondos, de pueblo.)*
PIGMALIÓN. *(Señalando.)*—Ahí tienen ustedes al Tío Paco, un muñeco poco pulido, pero modesto, prudente, y que no quiere ser engañado, ni puede sufrir las exageraciones. Mozo, fué tabernero en su pueblo, y goza siempre, echando agua al vino, disminuyendo las cosas y, sobre todo, vulgarizándolas. Por eso representa a maravilla su papel en las farsas y le aplaude muchísimo el vulgo.
EL TÍO PACO.—No tanto, no tanto.
MINGO REVULGO. *(Llevándose la diestra a la panza y acariciando la abultada cadena que le brilla en el chaleco.)*—¡Y tal que no tanto! Mingo Revulgo es muy sensato y equilibrado, y aplaude siempre con medida y discreción, sobre todo con discreción.
PIGMALIÓN.—¡Cierto! Este muñeco no pierde nunca el tiempo en entusiasmarse. Tiene una colección de joyas, que se ven a cien leguas, y la bolsa muy bien repleta. Gran parte de mis ganancias él me las guarda, porque nadie como él sabe rendir culto al dinero y al sol que más calienta. Es mi cajero.
MINGO REVULGO.—Porque soy un autómata honrado. *(Se oye un eructo sonoro, soez y rotundo, que se le escapa a* LUCAS GÓMEZ, *el cual se lleva, ya tarde y perezosamente, la mano a la boca.)*
DON LUCIO. *(Mirando sorprendido a* LUCAS GÓMEZ.*)*—¡Reconcho!

DON JAVIER.—¡Buen provecho!

DON LUCIO.—¡Le ha salido regularcito!

PIGMALIÓN.—Tú tenías que ser, Lucas Gómez. Siempre mal educado y metiendo la pata.

DUQUE.—Por aquí hay muchos Lucas Gómez, Pigmalión. Ya los irá usted conociendo, ya.

PIGMALIÓN.—Mis muñecos están muy bien representados en todas partes, aunque en el reparto de mis farsas lleven nombres españoles.

PERO GRULLO. *(Muy grave.)*—En todas partes cuecen habas.

EL TÍO PACO. *(Mirando a* PERO GRULLO.*)*—Sí que las cuecen.

DON JAVIER.—Muy bien hablado.

DON LUCIO.—Pero qué oportunamente intervienen esos muñecos.

DON JAVIER.—No se puede llegar a más.

PERO GRULLO. *(Adelantando un paso, alzando la diestra con solemnidad, hablando y accionando con mucha prosopopeya, y formando una rosca con el índice y el pulgar.)*—Y si en todas partes cuecen habas es porque en todas partes hay habas.

PIGMALIÓN.—Este señor fantoche, Pero Grullo, es el talento más seguro, agasajado y reconocido entre mis muñecos. Todos le admiran y le consultan. Es la mayor autoridad entre ellos, y si un día se emanciparan y formasen Gobierno, sería él jefe de ese Gobierno. Sólo Urdemalas le toma un poco en broma.

AMBROSIO.—Y yo.

BERNARDO.—Y yo.

AMBROSIO.—Bernardo y yo derribaríamos en seguida ese Gobierno.

EL ENANO. *(Encarándose con* BERNARDO *y* AMBROSIO, *regirando los ojos fieros y espantosos, mostrando unos dientes blancos, afilados y terribles, y blandiendo la maza.)*—¿Y yo, soy manco?

DUQUE.—¿Estos son los bravos?

DON JAVIER. *(Parapetándose detrás de* DON LUCIO.*)*—Avísenos usted, para tomar precauciones.

PIGMALIÓN.—No se asusten ustedes. No son estos los muñecos de cuidado.

AMBROSIO. *(Echándose la escopeta a la cara y apuntando al aire.)*—¿Que no? *(Dispara, sin que salga el tiro. Se oye el ruido seco del gatillo.)* Mi carabina no falla nunca.

EL TÍO PACO.—Nunca, más que, cada ciento, noventa y nueve.

BERNARDO.—De tanto pinchar se ha desgastado ya mi es-

pada gloriosa. *(Tira del puño, saca la hoja y blande una espada de torneo, sin filo ni corte, toda mellada y rota.)*

EL ENANO. *(Azotando el aire con la maza.)*—¡Como esta maza, nada!

JUAN. *(Burlón.)*—Cu, cu.

EL ENANO. *(Indignado, amenazando a* JUAN *con la maza.)*—A callar tú, idiota.

JUAN. *(Con la misma entonación burlona.)*—Cu, cu.

PIGMALIÓN. *(Nervioso.)*—A callar todos. ¡Silencio! Y ahora que ya conocen ustedes a los autómatas que tengo aquí en juego, les presentaré al bello sexo de la compañía.

DON JAVIER.—¡Al bello sexo, venga de ahí!

PIGMALIÓN.—Antes retiraré los muñecos. *(Dirigiéndose a éstos.)* A ver, ¡preparados! *(Ruido múltiple y destemplado en las entrañas de los fantoches, que se estiran a un tiempo, más de lo que estaban aún.)* ¡Una! ¡Dos! ¡Media vuelta! *(Menos el paje obedecen los muñecos instantáneamente, girando sobre sí mismos cual sobre un eje.)* ¡Dentro! *(Exceptuando a* DON LINDO, *que no se mueve de su sitio, entran todos en sus cajas y dan media vuelta, cerrando tras de sí la puerta. Oyense unos gritos broncos, guturales, estridentes en la caja de* LUCAS GÓMEZ, *el cual se ha cogido los dedos de la mano al cerrar, quedando sólo entornada la tapadera.)*

LUCAS. *(Desde su caja.)*—¡Ay, ay ay, ay, ay!...

DUQUE. *(Alarmado.)*—¿Qué es eso?

DON JAVIER. *(Asustado, como sus dos compañeros.)*—¡Qué pasa?

DON LUCIO.—¿Ocurre algo?

PIGMALIÓN.—Nada, nada grave. *(Yendo rápido a subsanar el entuerto, retirando al muñeco los dedos de la puerta y acabando de cerrar ésta, tras* LUCAS GÓMEZ.*)* Tú tenías que ser, Luquitas, siempre torpe.

DUQUE.—Es portentoso, portentoso cómo presenta usted esos muñecos.

DON LUCIO.—¡Increíble!

DON JAVIER.—¡Y tal!

DUQUE. *(Señalando al paje.)*—Y ese, ¿por qué no entra?

PIGMALIÓN.—Porque es poeta, mozo y enamorado, y sabe que va a salir Pomponina ahora y quiere verla, dirigirle miradas y suspiros, y decirle bajito alguna endecha o madrigal.

DUQUE.—Hombre, pues será muy divertido eso. Déjele usted que no entre.

PIGMALIÓN.—Será muy divertido para ustedes, para mí no. *(Alzando la voz.)* ¡Adentro, Don Lindo! ¡No te necesitamos!

DON LINDO.—Me necesitará Pomponina. *(Habla dulcemente, con acento mimoso y triste.)*

PIGMALIÓN.—No, hombre, no. Anda, vete.

DON LINDO.—¿Quién la ayudará a salir de la caja, si tiene pereza de caminar sola? ¿Quién puede halagarla como yo, cantando sus gracias? Pomponina me necesitará.

PIGMALIÓN.—¡Pero yo no! ¡Vete!

DON LINDO.—¡Déjame quedar!

PIGMALIÓN.—¡No!

DON LINDO.—¡Salir ella y no verla! ¿Por qué me has dado vida, Pigmalión, para hacerme tan desgraciado?

PIGMALIÓN.—Por la misma razón que Dios me dió vida a mí y al mundo sin consultárnoslo. ¡Vete!

DON LINDO.—Le contaré a Pomponina cómo tratas a su paje.

PIGMALIÓN.—No seas iluso. A Pomponina le sale todo por una friolera.

DON LINDO.—¡Ay, sí, por desgracia!

PIGMALIÓN.—¡A tu caja!

DON LINDO.—A la fuerza me voy, pero conste que protesto.

PIGMALIÓN.—¡Muy bien! ¡Ahí me las den todas! ¡Constará la protesta! *(Imperativo.)* ¡Una! *(Oscila el muñeco.)* ¡Dos! ¡Media vuelta! *(Obedece el paje.)* ¡Dentro! *(Penetra* DON LINDO *en su caja, cerrando, como los demás, la puerta tras de sí.)*

DUQUE.—¡Delicioso, estupendo! Vamos ahora con las muñecas.

DON JAVIER.—¿Son guapas?

PIGMALIÓN.—Lindísimas.

DUQUE.—Nos tiene usted locos de curiosidad.

PIGMALIÓN.—Cuando vea usted a Pomponina perderé la simpatía y la amistad de usted.

DUQUE.—Ya me ha dicho usted varias veces eso, que me parece un absurdo.

PIGMALIÓN.—Ya se convencerá usted. Ese primor de mujercita artificial me ha costado ya infinitos disgustos. En fin, duque, va usted a encontrarse ahora ante la tentación más fuerte de su vida.

DUQUE.—¡Demontre!

PIGMALIÓN.—No hay nada que atraiga más en amor que lo imposible, lo inútil y lo superfluo. Pomponina es todo eso. A pesar mío la adoro, y por ahí empieza mi castigo de haber construído estos muñecos. No la tengo junto a mí porque me doy miedo a mí mismo; pero un día no tendré voluntad, haré un disparate, viviré con Pomponina, y se acabó Pigmalión y sus sueños de crear una humanidad mejor.

DUQUE.—Además de un gran artífice es usted un admirable farsante y un ventrílocuo estupendísimo.

DON JAVIER.—Y un cómico como una casa.

PIGMALIÓN.—Farsante, cómico y ventrílocuo, ¿eh? Pues ahora verán ustedes. (PIGMALIÓN *saca su cartera, la abre, rebusca en ella y, ante la expectación de los cuatro, saca una llavecita más diminuta que la primera; se llega a las cajas del centro, donde están las muñecas, y va abriendo la cerradura de cada una. Oyese al volver de la llave, en cada caja, un sonido límpido, musical y grato, como esas campanas de cilindros metálicos que se ponen detrás de algunas puertas. Acercándose a donde está* POMPONINA, *oprimiendo un botón invisible en un lado de la caja, y distanciándose luego unos pasos.)* Pomponina, divina Pomponina, sal.

ESCENA IV

Los MISMOS y POMPONINA, que al son de las campanas metálicas entreabre la puerta de la caja y asoma sólo la cabecita rubia, cubierta con un sombrerillo precioso, y la cara, graciosísima y hermosa, de un cutis mate con tornasoles de perla. Tiene un lunar adorable, en la mejilla izquierda, cerca de la boca. Sus ojos azules, luminosos, de un mirar dulce, observan curiosos el recinto y miran a PIGMALIÓN y compañía de un modo asesino.

DON JAVIER.—¡Jinojo, qué cara!

DON LUCIO. *(Suspirando.)*—¡Qué pochez! ¡Está jamón!

DON JAVIER.—¡Un cromo!

DUQUE.—No diga usted tonterías. Es la propia Venus moza.

PIGMALIÓN.—Cada cual se expresa como sabe. Dice bien don Lucio. Es una belleza, dentro de lo consabido: ojos azules, cutis nacarado, lunar en las mejillas; y con todos esos elementos tan conocidos, qué divina resulta.

DUQUE. *(En éxtasis.)*—¡Archidivina!

PIGMALIÓN.—Hay cosas que no lograrán vulgarizar nunca todos los aluviones de la mala poesía. Las noches de luna, el mar y las mujeres guapas.

POMPONINA. *(Sale, abriendo del todo la puerta de la caja, recogiéndose las faldas un poco, dando unos pasos y saludando con reverencia de minué, entre una música suave y apagada.)*—Buenas noches. *(Va vestida con estofas delicadas y ricas, como una princesita de Watteau. Cuélganle de la cintura, pendientes de una cadenilla de oro, un abanico redondo y un espejillo de plata bruñida con mango de pedrería.)*

DUQUE. *(Juntando las manos embelesado.)*—¡Qué maravilla!

DON LUCIO.—¡Yo me mareo!

DON JAVIER.—¡Recoles!

DON LUCIO.—¡Qué atrocidad! *(Intentan acercarse los cuatro.)*

PIGMALIÓN. *(Deteniéndoles con el gesto.)*—Hay que verla lejos ahora. Otro día, sin tocarla, les dejaré contemplarla de cerca. *(Retroceden los cuatro, observando embobados a* POMPONINA *que, después de tomar su espejillo colgante, de mirarse en él y de arreglarse un rizo rebelde, les sonríe coqueta.*

PIGMALIÓN. *(Sacando una bombonera del bolsillo y dándosela a* POMPONINA.*)*—Tus bombones.

POMPONINA. *(Tomando la caja con aire displicente.)*—Gracias. ¿Y mis flores?

PIGMALIÓN.—Hoy no hay flores. Estás castigada.

POMPONINA. *(Haciéndole un mohín de mimo y de enfado.)*—Por eso no te quiero, porque me castigas.

PIGMALIÓN.—Sé buena.

POMPONINA.—No me da la gana.

PIGMALIÓN.—No seas descarada.

POMPONINA.—Rabia, rabia. Cada día seré más mala y más mala. Rabia y rabia.

PIGMALIÓN.—¡Pomponina!

POMPONINA. *(Haciéndole otro gesto.)*—¡Tonto!

DUQUE. *(Desde el grupo de los empresarios, escapándosele, a pesar, la palabra.)*—¡Pomponina divina!

POMPONINA. *(Volviendo a echar una ojeadita al espejito.)*—Así me llaman por guapa que soy.

PIGMALIÓN.—¿A quién debes agradecer tu hermosura? ¿Quién te ha hecho así?

POMPONINA.—Dios.

PIGMALIÓN.—He sido yo. No ha sido Dios.

POMPONINA.—¿No dices que a ti te ha hecho Dios?

PIGMALIÓN.—Sí.

POMPONINA.—Pues si a ti no te hubiera hecho Dios tú no me hubieses podido hacer a mí. *(Destapando la bombonera y tomando un chocolatito, que se traga.)* Están muy buenos. *(Alzando la cajita.)* ¿Quién quiere?

DUQUE. *(A* PIGMALIÓN.*)*—¿Puedo tomar uno?

POMPONINA. *(Bajando la cajita.)*—¡Qué gracioso! ¡No señor! Los ofrecí por cumplido. Son muy ricos y los quiero para mí sola.

PIGMALIÓN.—Es una muñequita muy egoísta.

DUQUE.—¡Delicioso!

DON LUCIO.—Si hubiéramos sabido que le gustaban a Pomponina las flores hubiéramos alfombrado de ellas el escenario.

DUQUE.—Mañana encargaré, para ella, todas las que haya en todos los jardines de Murcia y de Valencia.

POMPONINA. *(Muy satisfevcha, a* PIGMALIÓN.*)*—Les he gustado, les he gustado.

DON LUCIO.—¡Digo, si nos ha gustado!

DON JAVIER. *(Aproximándose con el* DUQUE *y el otro empresario otra vez a* POMPONINA.*)*—Nos ha dislocado.

PIGMALIÓN. *(Sin dejarles acercar.)*—No vengan aquí... jenme espacio entre ustedes y mis muñecos.

DUQUE. *(Retrocediendo algo con los empresarios.)*—... mi fortuna por esa muñeca, Pigmalión.

PIGMALIÓN.—No la vendo por nada. Mi caudal ascien... a muchos millones.

DUQUE.—¡Qué lástima!

PIGMALIÓN.—Sin fortuna, perdería usted instantánea... te a Pomponina. Usted no sabe lo que cuesta el *bibelot*.

DUQUE.—Qué *bibelot*. ¡Es un ángel!

POMPONINA. *(Abanicándose.)*—¡Eso es! ¡Un ángel!

PIGMALIÓN.—Sin alas, y de lo más caro y peligros... hay, créame usted.

POMPONINA. *(Cerrando el abanico y amenazando con...* PIGMALIÓN.*)*—¡No te quiero! ¡Vete!

PIGMALIÓN.—¡Cállate!

POMPONINA.—¡Cállate tú!

PIGMALIÓN.—¡Muy bonito ese modo de contestarme!

POMPONINA.—Estoy harta de ti. En cuanto pueda, m... capo.

DUQUE.—¡Que sea conmigo!

DON LUCIO.—¡Caracoles con la niña!

DON JAVIER.—¡Para comérsela!

PIGMALIÓN.—¡Siempre tiene el mismo éxito! ¡No fall...

DON JAVIER.—¡Qué ha de fallar, hombre; qué ha de f...

PIGMALIÓN. Ahora verán ustedes las cuatro damas d... nor de Pomponina. Llamarían la atención doblemente, ... estuviesen junto a ella. *(Recorre las cuatro cajas, opri... do un botón lateral en cada una, como hizo en la de P... NINA.)*

DUQUE.—Después de esto, ya no se puede ver nada.

DON JAVIER.—¡Absolutamente nada!

PIGMALIÓN. *(Con voz fuerte y autoritaria.)*—Maril... Dondinela, Corina, Lucinda, ¡fuera! *(Un templado res... de campanas musicales; ábrense las puertas de las cu... cajas y aparecen dentro de éstas las cuatro muñecas re... tes. Son unas mozas de cara linda y aporcelanada. Dos ... bias y dos morenas. Llevan suelto y caído el cabello a... falda corta, zapato primoroso y unos impertinentes de m... largo, colgándoles de la cintura.)*

MISMOS y las cuatro muñecas, que salen de sus cajas, danzando
osamente al compás de una música tenue y lenta, cual suele ser
los muñecos mecánicos, y van frente a POMPONINA, saludándola
entes. Luego se inclinan más levemente ante PIGMALIÓN y acom-
aiento. Cesa la música y quedan las cuatro inmóviles y algo rí-
gidas también.

ON LUCIO.—¡Son preciosas!

ON JAVIER.—¡Admirablemente construídas!

UQUE.—Pero después de lo que hemos visto...

ON JAVIER.—Ante Pomponina, nada.

NDINELA. *(Alzando y bajando la cabeza entre unos leves pes de música, y mirando al* DUQUE *y empresarios de ba abajo.)*—¡Más galantes podían ser!

ARILONDA.—¡La finura está cara!

RINA.—¡Por las nubes!

UCINDA.—Claro, como somos muñecas, nos dican todo lo se les antoja.

OMPONINA.—No les hagáis caso. Son unos lilailas.

ARILONDA. *(Con ira infantil.)*—Tú los embobas.

OMPONINA.—¡Yo, no! Ellos solos, hija; ellos solos se em-an.

IGMALIÓN.—Ahora ya no se duermen ustedes, como cuan-es hablé ayer, por primera vez, ¿verdad?

ON JAVER.—¡Quién se duerme viendo estas cosas!

ON LUCIO.—¡Cuidado con el personal que se trae Pigma-!

ON JAVIER.—¡Tendremos que reforzar el servicio de in-dios!

OMPONINA.—¡Ay, qué susto! ¡No se vayan ustedes a po-malitos!

UQUE.—¡Qué divina se pone! ¡Qué encanto de muñeca!

IGMALIÓN.—¡Bueno! ¡Basta por esta noche! ¡Terminó la sentación! ¡Dentro todas!

OMPONINA.—¿Ya? ¡Qué fastidio! ¡Si acabamos de salir ra mismo!

IGMALIÓN.—No seas caprichosilla. Obedece y calla.

OMPONINA. *(Abriendo y cerrando los ojos, echándose otra adita en el espejillo y haciendo muchas posturas.)*—¡Ay, én será el que me robe y me quite de Pigmalión!

UQUE. *(Yendo vehemente hacia ella.)*—¡Yo!

IGMALIÓN. *(Cortándole el paso.)*—¡Quieto!

UQUE.—¡Déjeme usted!

IGMALIÓN. *(Poniendo su diestra en el pecho del* DUQUE *y rtándole suavemente.)*—¡Quieto! Ya le dije a usted que odiaría en cuanto viese a Pomponina. *(Tornándose de*

cara a las muñecas, grita despótico, en tono adusto, d- do.) ¡Media vuelta! ¡Dentro! (POMPONINA *y las cuatro cas, asustadas, giran sobre sí mismas y entran ace- mente en sus cajas, cerrando tras de sí la puerta, co muñecos. Sones varios y entremezclados de cajas de y campanas metálicas.* PIGMALIÓN *aprieta de nuevo el de cada caja y la cierra también con llave, guardan- otra vez en su cartera. El* DUQUE *obsérvale mucho cierra las cajas, y no le quita los ojos de encima.)*

ESCENA VI

PIGMALIÓN, DUQUE y los tres empresarios. Después, CONSER-

DUQUE.—¡Imposible que eso sea una muñeca!

PIGMALIÓN.—Pues lo es. Una muñeca única.

DON JAVIER.—¡Capaz de trastornar a un santo! *(Fija- pronto,* PIGMALIÓN, *en una de las cajas, revísala de c- examina luego atentamente los botones y las cerradu- varias más.)*

DON LUCIO.—¿Qué ocurre?

PIGMALIÓN. *(Un poco sorprendido en su examen y de- escapar las palabras, como si hablase consigo mismo.* raro.

DUQUE. *(Yendo a* PIGMALIÓN, *con mucha curiosidad.)* ha descompuesto algo?

DON JAVIER. *(Alarmado.)*—¿Qué... qué hay?

PIGMALIÓN. *(Sacando un lápiz y rayando con él las ras de algunas puertas de caja.)*—Nada, señores; nad a ustedes interese. Mañana mismo cambiaré todo el ju- cerraduras.

DUQUE.—¿Pero qué pasa?

PIGMALIÓN.—Sospecho que mis muñecos han lograd- cubrir el medio de abrir sus cajas y salir de ellas cuan les ve nadie.

DON JAVIER.—¡Recaray!

PIGMALIÓN.—Mis muñecos son de cuidado.

DUQUE.—Son la misma vida.

PIGMALIÓN.—Todavía es muy poco lo que han presen Mañana, cuando les vean ustedes representar mis f- podrán darse cuenta de las perfecciones alcanzadas fabricación de mis fantoches.

CONSERJE. *(Entrando, gorra en mano, por la izquierd- mer término.)*—Están ahí los redactores gráficos, mu trañados de que no se les deje entrar para ir sacando grafías. También buscan a ustedes muchos señores Prensa. Aquí tengo estas tarjetas para el señor Pigm

MALIÓN. *(Tomándolas y leyéndolas.)*—Con el permiso
stedes, voy a disculparme con todos esos señores y a
carles por qué hasta mañana no me conviene que foto-
en nada.
N LUCIO.—Nosotros iremos con usted.
N JAVIER.—Hay que dar satisfacciones a toda esa gente.
e usted, Duque?
QUE.—Voy en seguida. Les espero en la Dirección.
MALIÓN.—Muy bien. Yo me libraré pronto de todas esas
s y nos iremos juntos a tomar un ponche. Luego, me
a la cama. Tengo neuralgia.
QUE.—Haremos los que usted quiera.
MALIÓN. *(Yéndose por la izquierda primer término.)*—
a ahora, pues.
N LUCIO. *(Siguiéndole.)*—Vamos todos.
N JAVIER.—Sí, vamos. *(Salen los dos en pos de* PIGMA-
El CONSERJE *vase a ir por donde ellos y vuelve sobre
pasos, a una seña del* DUQUE.)

ESCENA VII

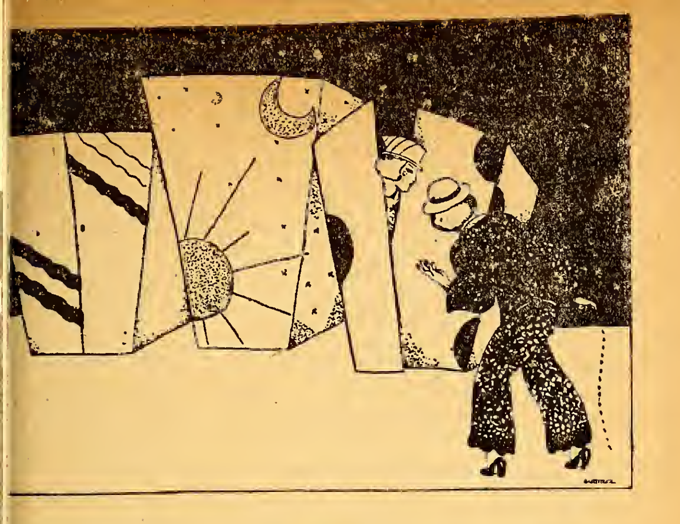
DUQUE y CONSERJE.

UQUE. *(Quedamente.)*—Cuando se vayan todos y apague
l las luces, deje alguna encendida en el escenario.
NSERJE.—Está bien.
UQUE.—Haga usted las rondas como siempre, y dentro de
horas me espera usted en la calle, junto a la puerta de
pe que da al guardarropía. Y mucha reserva. Que no se
ren ni las ratas. *(Poniendo unas monedas en la mano*
CONSERJE.) ¿Me ha entendido usted?
NSERJE.—Perfectamente, señor Duque.
UQUE.—Pues chitón, y andando. *(Márchase por donde
IALIÓN y los empresarios. Cae pausadamente el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



CAPITAN ARAÑA



ACTO SEGUNDO

hora después. La misma escena, desierta, y la misma penumbra. as telas sombrías resaltan las cajas, como ataúdes claros, de forcuadrada. Puede oírse el vuelo de una mosca en el silencio proo, que interrumpe la débil resonancia de un chirrido metálico, y se la puerta de la caja de JUAN EL TONTO. Asoma éste la cabeza y remira a todos lados.

ESCENA PRIMERA

Muñecos solos.

UAN. *(Desde la caja, después de observar un rato.)*—Cu, *(Cierra la puerta, dejando un pequeño resquicio, por el sigue vigilando. Abrese la caja de* MINGO REVULGO, *el l remira también, como* JUAN, *y cuando advierte la soledad npleta sale, solemne y lento, de su caja, y como iría un ñeco que imitase bien al hombre, va de puntillas a la caja* POMPONINA. *Ya ante la caja, saca de la faldriquera una ltada bolsa, que mira y sopesa. Luego, quedamente, llama a puerta de la caja, agitando la bolsa. Estrépito metálico de nedas y una campanada aguda y suave, a cada porracito la puerta.)*

MINGO REVULGO. *(Sonando la bolsa.)*—Pomponina..., ponina. Tengo más monedas. ¿Oyes cómo suenan? ¡M nedas y todos los brillantes y pedrería que me dió a g ayer Pigmalión! ¿Oyes? *(Acompañando cada sílaba c remover de la bolsa.)* Pom... pom... pom... Pompon ven..., ven..., ven... ¡Te espero en mi caja!... ¡ven tardes! ¡Ven! *(Agita por última vez la bolsa en el torna a su caja, en la que se mete, cerrando suaveme puerta.* POMPONINA *abre despacio la de su caja, examin sigilo toda la escena, sale, deja cerrada la puerta y v rriendo, sobre la punta de sus piececillos, que musique vemente al chocar sobre el suelo, llegándose a la ca* MINGO, *en la que golpea con el mango del abanico.)*

POMPONINA. *(Golpeando en la puerta).*—Soy yo, Po na. Abre, antes de que me vean. *(Crujido seco. Entre la puerta de la caja, aparece la manaza de* MINGO RE *y tira de* POMPONINA. *Entra ésta, pronta, en la caja. I canse en el silencio unas vibraciones como de reloj de c que se descompusiese al dar la hora. Luego, otro c seco. Silencio y soledad de nuevo en la escena. El tont sigue espiando, torna a sacar la cabeza.)*

JUAN. *(Mirando a la caja de* REVULGO, *bajando y su la testa y haciendo guiños expresivos.)*—Cu, cu. *(Vu ocultarse tras la puerta, dejando el mismo hueco para Sale* PERIQUITO ENTRE ELLAS *de su caja, deslizándose m gero hasta la de* CORINA.)

PERIQUITO. *(Llamando en la puerta con el junquillo.)* rina..., Corina... Soy yo, Perico, Periquito, Periquillo.

CORINA. *(Mostrando sólo la cabeza por la puerta. R nea la campana.)*—No tengo humor de visitas esta Estoy cansada.

PERIQUITO.—Pero monina, Corina...

CORINA.—Estoy rendida del viaje. Me duelen todos l sortes y cuerdas del cuerpo.

PERIQUITO.—Mujer, deja un momento. Tengo que d una cosa.

CORINA. *(Mimosa y decidida.)*—No, no, no, Perico. no, no y no. *(Cierra presurosa la puerta. Sonsonete me y prolongado.)*

PERIQUITO.—¡Qué dengosa está! ¡Cuántos finfianes! pre caprichosas. *(Va a la caja de al lado, llamando mente a la puerta.)* Dondinela, Dondinela.

DONDINELA. *(Sacando las narices tras la puerta, que nas entreabre.)*—Déjame en paz.

PERIQUITO.—Pero...

DONDINELA.—No seas bulle bulle. Estoy citada con el Tío Paco.

PERICO.—¡Con el Tío Paco!... ¡Pero, mujer!...

DONDINELA.—Ya te diré luego por qué... Yo me entiendo.

PERIQUITO.—¡Pero, chica!... ¡Con el tío ese machucho, tan ordinario!

DONDINELA.—No te metas en eso tú.

PERIQUITO.—Pues sí me meto, ea; me meto, me meto, vaya si me meto. Escucha...

DONDINELA.—No escucho. Ya hablaremos. Abur. *(Portazo y son metálico.)*

PERIQUITO.—¡Caprichosas y sinvergüenzas! ¡Y qué tragaderas tienen! Por conveniencia, apechugan con todo. *(Vuelve sobre sus pasos, pasa ante la caja de* POMPONINA *y llama en la de* LUCINDA.*)*

LUCINDA. *(Abriendo a medias la puerta y poniéndose furiosa al ver a* PERIQUITO.*)*—Eres tú, tú. ¡Tú!

PERIQUITO.—¿Pero qué tienes, qué te pasa?

LUCINDA.—Y tienes valor de presentarte, después de lo que me hiciste en el tren... ¡Quita, quita, so sinvergüenza, so perdis, so badulaque!... ¡Largo de aquí! *(Otro portazo y ruido brusco de muelles, que se quejan sacudidos.)*

PERIQUITO.—¡Pues señor, bien! ¡Cómo están estas niñas! ¡Ni que se lo hubieran dicho unas a otras! *(Llama en la caja de* MARILONDA.*)*

MARILONDA. *(Entreabriendo la puerta.)*—¡Hola, Perico!

PERIQUITO.—¡Hola, rica! Deseo hablarte.

MARILONDA.—Tengo mucho sueño. Déjalo para otra noche.

PERIQUITO.—Es que quiero decirte...

MARILONDA.—No me digas nada...

PERIQUITO.—Tú te lo pierdes. Pensaba contarte lo de Lucinda.

MARILONDA. *(Interesadísima, sacando el busto fuera de la caja.)*—¿Lo de Lucinda?...

PERIQUITO.—Sí.

MARILONDA.—¡Al fin, hombre!

PERIQUITO.—Ya ves cómo yo, siempre complaciente...

MARILONDA.—¿Pero de veras me contarás...?

PERIQUITO.—¡Todo!

MARILONDA.—Entra, pues. *(Entra* PERIQUITO *apresuradamente, cerrando tras él la puerta.)*

JUAN. *(Tornando a sacar la cabeza.)*—Cu, cu, cu, cu. *(Empuja* DON LINDO *la puerta de su caja y ocúltase al punto el tonto, sin dejar de ver lo que sucede en la escena.)*

DON LINDO. *(Fuera ya de su caja, restregándose los ojos y desperezándose.)*—¡Alguna vez había de ser oportuno el

chillido de ese idiota! Bien ha hecho en despertarme aho Qué manera de dormir... En un enamorado como yo, par imposible... ¡Ese odioso Pigmalión! ¡Qué modo más imp fecto y grosero de hacernos! ¡Verdad que llevo muchas ches en vela, adorando a Pomponina... ¡Pomponina! ¿Q valdría el mundo y la vida de los muñecos como yo, si e no estuviese sobre la tierra? *(Yendo a la caja de* POMPON *y dando en la puerta suavemente con los nudillos.)* Pom nina... Pomponina, sol de mis noches, alegría de mis ojo de mi vida, abre a tu Don Lindo... *(Aguarda en vano ceda la puerta.)* Abreme... ¡Yo te lo ruego, Pomponi *(Otro ratito de esperar en balde.)* Ya sé por qué no abres. Quieres que te diga madrigales. Sé lo que te gustan serenata y el canto. *(Va a su caja, toma un laúd, vuelv la de* POMPONINA *y canta, casi pegando la boca a la puert*

Estrella y sirena
de mis amores...

JUAN. *(En tono burlón, entreabriendo la puerta de caja.)*—Cu, cu.

DON LINDO. *(Interrumpiendo bruscamente el canto y m rando airadísimo la caja del tonto.)*—¡Imbécil!

JUAN. *(Saliendo apresuradamente de su caja, llegánd a* DON LINDO, *con su eterno aire de cretino malicioso, llev dose ante él ambas manos a la cabeza e imitando con el índ los cuernos.)*—Cu, cu.

DON LINDO. *(Empuñando el laúd y amenazándole con é* ¡Zoquete! ¡Si no te vas de aquí!...

JUAN. *(Esquivando el golpe, corre a la caja de* MINGO R VULGO, *dando a entender con el ademán que está en ella* PO PONINA.) Cu, cu. *(Hace otra vez ante* DON LINDO *la figu del cornudo.)* Cu, cu.

DON LINDO. *(Poseído de zozobra, con todo el profundo d lor que pueden expresar un paje y un muñecos.)*—¿Será ci to...? ¿Será verdad lo que quiere decirme el tonto? *(Ac cándose a la caja de su adorada.)* ¡Pomponina!... ¡Pompo na! *(Tira el laúd, saca un hierrecito del bolsillo, lo mete la cerradura, oprime el botón y abre la puerta, retrocedien desesperado al ver vacía la caja.)* ¡No está!

JUAN. *(Junto a la caja de* REVULGO.)—Cu, cu.

DON LINDO. *(Llevando la diestra al puño del espadín, furioso al tonto.)*—¡Estúpido! *(*JUAN *da una carrera hac su caja, y entra en ella precipitadamente, cerrando casi d todo la puerta.)*

DON LINDO. *(Llegando a la caja del tonto.)*—¡Mentecato!

JUAN. *(Dentro ya de su caja, aplicando la boca al resqui- de la puerta.)*—Cu, cu. *(Cerrando del todo. Oyese el chi- ar de la cerradura.)*

DON LINDO. *(Ante la caja del tonto, requiriendo el puño la espada.)*—¡Necio! ¡Acabaré con tu vida de pelele, pas- rote! ¡Que haga otro Pigmalión! *(Va ante la caja de* NGO REVULGO.*)* ¡Pomponina! ¡Estás ahí, sí, lo sé! No falta nca un bobalicón majadero para dar las noticias horribles. al, por tu vida y por la mía! *(Golpeando la caja lleno de y de pena.)* ¡Pomponina!... ¡Engañar a tu paje! ¡Y con ngo Revulgo! ¡Con ese abominable fantoche grasiento, re- oncho, gordinflón y ridículo! ¡Y todo porque tiene unas nedas y unas piedras que lucen! *(Tirando de la espada.)* bre, Pomponina, abre! ¡Padezco atrozmente, Pomponina! *lora, cubriéndose el rostro con la mano que le queda libre. este momento, sin ser advertido de* DON LINDO, *sale* LUCAS MEZ *de su caja, y contoneándose, camina despacio al cen- de la escena y se sienta. Saca una pipa y una bolsita. ma de ésta tabaco y carga la pipa torpemente, recogiendo suelo el que se le derrama.)*

LUCAS. *(Cantando, mientras contempla su pipa y aprieta ella el tabaco con el dedo.)*

A la porra don Ambrosio,
a la porra el Capitán,
a la porra don Bernardo,
y a la porra don Galán.

DON LINDO. *(Dando una sacudida, sorprendido y herido por canto de* LUCAS GÓMEZ.*)*—¿Qué haces ahí?

LUCAS.—Ya lo ves. Voy a fumar mi pipa.

DON LINDO.—Se lo diré a Pigmalión.

LUCAS.—Y yo te pegaré en la maquinaria de la cabeza.

DON LINDO.—¡Inoportuno y mastuerzo siempre!

LUCAS.—Mira, vete a tocar otra vez el guitarro ante Pom- nina, y no seas tiroriro.

DON LINDO.—La culpa la tiene Urdemalas, que te ha en- ñado a fumar en pipa.

LUCAS.—¡Toma! Como que robó para mí en Filadelfia esta pa y esta bolsa, que se dejó olvidadas en el escenario un amoyista.

DON LINDO.—Calla y lárgate.

LUCAS.—¡Porque tú lo mandas! ¡Me harás reír sin ganas! *Registrándose por todos los bolsillos.)* ¡Adiós! ¡No tengo rillas! Anda, búscame una, Don Lindo. Urdemalas debe de ner. Pídesela.

DON LINDO. *(Alzando el espadín.)*—Una estocada a fo
te daré a ti yo.

LUCAS.—Lo mismo temo yo a tu espada que a la de I
nardo.

DON LINDO. *(Aproximándosele.)*—¡Vete, o no respond
mí! ¡Vete!

LUCAS.—No me da la gana.

DON LINDO.—Quiero hablar a solas, sin testigos, con P
ponina.

LUCAS.—Y yo quiero fumar mi pipa a mis anchas.

DON LINDO. *(Acercándole a la cara la punta de la espa*
¡Fuera de aquí, o te pincho!

LUCAS. *(Alzándose del suelo y esquivando la punta.)*—
voy a jugar una mala treta. No olvides que me llamo L
Gómez y echo a perder las cosas muy fácilmente.

DON LINDO.—¡Ya la estás guillando!

LUCAS.—El que se las va a guillar eres tú con un catar
Ya me ha dicho Urdemalas que eres el único de nosotros
tiene peluca de quita y pon. *(Da velozmente un brinco,
layando la hoja del espadín, y tira de la peluca de* DON
DO, *quedándose con ella en las manos. EL paje, sorpren
del inesperado salto y maniobra, suelta el arma y se l
aterrado ambas manos a la cabeza, completamente mocl
lisa como una bola de billar.)*

DON LINDO.—¿Qué has hecho?

LUCAS. *(Zarandeando la peluca en el aire.)*—¡Dejar
punto para reconquistar a Pomponina! *(Echase a correr
cia su caja gritando.)* ¡Pomponinaaa!... ¡Pomponinaa
(Entra en la caja y se encierra.)

DON LINDO. *(Recogiendo su espadín y lanzándose, frené
a la caja de* LUCAS GÓMEZ.*)*—¡Tuerto, adefesio, bellac
arrancaré el otro ojo! *(Azotando la caja con el puño d
espada.)* ¡Abre, cobarde, abre!

JUAN. *(Asomando unos instantes la cabeza por la puert
su caja, ríe, mirando al paje, hácele gestos de mofa y s
su chillido.)*—Cu, cu.

DON LINDO. *(Dirigiéndose como loco a la caja del tont*
¿Otra vez tú, pazguato?

LUCAS. *(Entreabriendo su puerta, sacando la peluca y l
diéndola en lo alto como un trofeo de victoria.)* — Po
nina, Pomponinaaa... ¡Sal y mira! *(Torna* DON LINDO, *f
de sí, a la caja de* LUCAS GÓMEZ. *Este le da con la puert
los hocicos.)*

DON LINDO. *(Pataleando y aporreando la puerta con e
padín.)*—¡Te destripo!

EL TÍO PACO. *(Que sale de su caja, cuya puerta olvid*

r, y va a la caja de DONDINELA, *deteniéndose al ver a* DON *DO.)*—¡Retuerca, hombre! ¡No chilles más! ¡Ya será un o menos! *(Extrañado al ver el cráneo reluciente, mondo rondo del paje.)* ¡Calla! ¡Tú así! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!...

DON LINDO.—¿También tú?

EL TÍO PACO. *(Prudente y suave, al mirar la hoja desnuda espadín.)*—Perdona, Don Lindo, perdona...; es que... *olviendo a reír, sin poder contenerse.)* ¡Ja, ja, ja!... Pare- aquel muñeco chino que hizo Pigmalión para...

DON LINDO. *(Interrumpiéndole y dando una patada de co- e en el suelo. Le resuenan cuerdas y muelles.)*—¡Bas- ya!

EL TÍO PACO.—¿Pero qué es eso? ¿Y tu pelo?

DONDINELA. *(Entresacando la cabecita por la puerta de su a.)*—¡Eh..., psssi..., psssi!... ¡Tío Paco!... ¡Tío Paco!...

EL TÍO PACO.—Voy, voy. *(Encaminándose a la caja de* NDINELA, *sin apartar la mirada de* DON LINDO.*)* ¡Qué vi- n!

DONDINELA.—¿De qué te ríes? ¡Tanto empeño en hablarme, te estoy esperando hace una hora! *(Fijándose en el paje.)* edanza! ¡Don Lindo, calvo! *(Soltando una carcajada estri- nte.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Cuando te vea Pomponina! ¡Ja, ja, ja!

DON LINDO.—¡Esto más!

EL TÍO PACO. *(A* DONDINELA.*)*—Calla, preciosa, rica, calla... rías tan fuerte.

DON LINDO.—Pindonga.

EL TÍO PACO.—¡Haya paz! ¡Faltar, no! Vamos, tú, mona- , déjame entrar, y no rías más, no vaya a acabarse de sul- rar el barbilindo. *(Empuja a* DONDINELA, *entra en la caja cierra la puerta. Ruido musical. Oyense confundidas den- o las carcajadas de ambos.)*

DON LINDO.—¡Yo hecho un hazmerreír, y Pomponina con ingo, quizás permitiendo, sin repugnancia, que le acaricien s manotas groseras y brutales! ¡Atroz..., atroz!... ¡Si no llamo, si no voy por ella y rompo la caja de ese Mingo, no sale Pomponina, me destrozan la ira y la pena, y si le, me mata el ridículo! ¡Debo estar espantoso! ¡Malditos an Lucas Gómez, y Pigmalión que le dió vida y me hizo a mí n vulnerable! ¡Oh, rabia ser así!... ¡Ser un maniquí, para oder lucir, si conviene, pelucas bonitas, y repetir toda la da palabras de otro en las farsas, y depender siempre de n amo aborrecible! ¡Oh, rabia, rabia!... Y ese Urdemalas añino, que tiene la culpa de todo, por decir al esperpento e Lucas Gómez si llevo o no postizo el cabello... ¡Venganza, enganza! ¡Con Urdemalas empezaré a ajustar mis cuentas.

(Va a la caja de URDEMALAS *y llama en ella, dando puntapiés en la puerta.)*

URDEMALAS. *(Asomando la testa tras la puerta de su caja.)* ¿Quién va? ¡Ah, eres tú! ¡Pero, chico, cómo te han puesto la cabeza! ¿Qué ha sido eso?

DON LINDO.—Sal un momento y te lo diré.

URDEMALAS.—Con mucho gusto. *(Saliendo de la caja.)* Anda, dime... ¡Pero qué ridículo estás! ¡Que no te vean así!

DON LINDO. *(Cogiendo con la mano izquierda, por la solapa, a* URDEMALAS, *y apretando el espadín con la diestra.)*—¿Tú le has dicho al guarro ese de Lucas Gómez que mi peluca era de quita y pon?

URDEMALAS. *(Frío, astuto y en un tono muy natural y amable.)*—¿Yo?... Yo no le he dicho nada.

DON LINDO.—El me ha dicho que has sido tú.

URDEMALAS.—Pues te ha tomado la peluca de dos modos.

DON LINDO.—¿Quién pudo habérselo dicho? Tú solo sabías, por una casualidad...

URDEMALAS.—Ha sido Pero Grullo, que se enteró ayer también, casualmente, como yo, y le fué con el cuento a Periquito entre ellas, que a su vez se lo ha contado a Lucas Gómez.

DON LINDO.—¿Cómo puedes tú probarme...?

URDEMALAS.—Restituyéndote la peluca al momento...

DON LINDO.—Necesito antes que caiga Lucas en mis manos.

URDEMALAS.—¡Caerá! ¡Fía en mi astucia! ¡Pocas ganas que le tengo yo al sucio tuerto ése... *(Dando un pequeño bote.)* ¿Oyes?... ¡Vete, que no te vean!

DON LINDO.—¿Qué?

URDEMALAS.—Ruido en la caja de Mingo Revulgo.

DON LINDO.—¡De Mingo! ¡Horror! ¡Me voy corriendo! ¡Pomponina está allí! ¡Si sale y me ve...!

URDEMALAS. *(Fingiendo una gran sorpresa y consternación.)*—¡¡¡Pomponina!!! ¡Pobre Don Lindo!

DON LINDO. *(Precipitándose hacia su caja.)*—¡No lo sabes tú bien! *(Entra rápido, envainando el espadín y dando un portazo.* POMPONINA *sale de la caja de* MINGO, *con una bolsa en la mano derecha y un collar de pedrería en la izquierda.)*

URDEMALAS.—¿Qué tal, Pomponina?

POMPONINA.—Muy bien, Pedro. ¿Te gusta? *(Enseñándole el collar.)* Regalo de Mingo.

URDEMALAS.—Muy bonito, muy bonito.

POMPONINA.—Relumbrará mucho, ¿verdad?

URDEMALAS. *(Sonriéndose.)*—Una barbaridad.

POMPONINA.—¿Por qué te sonríes?

URDEMALAS.—Por nada. Es una costumbre.

POMPONINA.—¿Tú crees que aquí podremos, al fin, escaparnos?

URDEMALAS.—No sé. Urge recorrer y examinar bien todo el escenario hasta encontrar una salida segura.

POMPONINA.—Medio año hace que hemos resuelto separarnos de Pigmalión, y en ningún teatro hallamos oportunidad.

URDEMALAS.—Cuestión de paciencia. Escaparnos para que nos cojan en seguida, será peor; Pigmalión es muy listo.

POMPONINA.—Tú lo eres más.

URDEMALAS.—Amabilidad tuya. Voy a ir escudriñando este teatro. ¿Dónde vas tú ahora?

POMPONINA.—A dejar esto en mi caja y a desagraviar a Don Lindo, que me ha estado dando murga hace poco.

URDEMALAS.—¡Ah, sí, ya lo he visto! Está celosísimo y desconsolado el pobre.

POMPONINA.—Yo lo calmo en seguida con una carantoña.

URDEMALAS.—Qué duda cabe. Lo tienes aquí *(Alzando y moviendo el índice.)* enligado completamente.

POMPONINA.—¡Pobre! ¡Lo quiero mucho! Sería adorable si fuese más alegre y no se pusiese tan celoso.

URDEMALAS.—Claro, claro; es demasiado celoso. ¡Por nada se incomoda!

POMPONINA.—Es un romántico.

URDEMALAS.—Eso, un romántico. Escucha.

POMPONINA.—¿Qué?

URDEMALAS.—Antes de ver a tu paje, di a Lucas Gómez que te enseñe una cosa.

POMPONINA.—¡Ay, no! Me es muy antipático y apesta a tabaco.

URDEMALAS.—Un momento nada más. No te arrepentirás. Te dará la cabellera de tu Don Lindo.

POMPONINA. *(Sobresaltada.)*—¿Cómo? ¿Le han hecho algo a mi paje?

URDEMALAS.—No, tonta. Una peladura pasajera.

POMPONINA.—¿Cómo una peladura? ¿Quién lo ha *pelao?*

URDEMALAS.—Su mala suerte. Es muy desgraciado.

POMPONINA.—¡Ay, no, que es muy guapo!

URDEMALAS.—Por eso. No se puede ser hermoso. Aunque ya no es tan guapo. *(Se oye un ruido.)*

POMPONINA. *(Con susto.)*—¡Gente!

URDEMALAS.—Sí. ¡Por vida de...! Hay que irse.

POMPONINA.—Y pronto. *(Vase presurosa, estrujando en el pecho la bolsa y el collar, y entra en su caja, cerrando la puerta. Son débil de campana.* URDEMALAS *queda unos segundos en escucha.)*

URDEMALAS.—Y tanto que conviene irse. *(Va a su caja,*

advirtiendo de pronto la del TÍO PACO *abierta y vacía.)* ¡Calle! El tío rebaja ése ha salido de su caja, olvidando cerrar la puerta. ¡Valiente estafermo! ¡Para comprometernos a todos! *(Cierra la caja muy cuidadosamente, a fin de no hacer ruido, y va a la suya, mirando precavido alrededor de sí.)* Esa Pomponina..., cada día más bonita... Es una vergüenza para mí, que todavía no... *(Penetra en su caja y cierra la puerta rápidamente.)*

ESCENA II

DUQUE y CONSERJE, que le precede provisto de una linterna. Aparecen por donde se fueron, izquierda primer término.

DUQUE.—¡Por fin! ¡Creí que no llegaba nunca el instante!

CONSERJE. *(Mirando receloso a todos lados, con cierto temblor de manos y piernas.)*—¿Y cómo va a abrir la caja el señor duque?

DUQUE.—Aquí está la cartera de Pigmalión *(Mostrándosela.)*, con la llave dentro. *(Sacando la llavecita.)* Tome usted la cartera.

CONSERJE. *(Tomándola, atónito.)*—¿Y qué hago con ella, señor duque?

DUQUE.—Restituírsela intacta a Pigmalión. Le dice usted que, por orden mía, se la ha robado esta noche un raterillo famoso, que me está agradecidísimo porque lo defendí y saqué absuelto hace unos años. Le envié recado al salir de aquí.

CONSERJE. *(Guardando la cartera en un bolsillo interior.)* Lo primero que haré mañana será llevársela a Pigmalión tal y como me la entrega el señor duque... ¿Y ahora?

DUQUE. *(Yendo a la caja de* POMPONINA.*)*—Ahora me llevo esa divinidad de muñeca.

CONSERJE. *(Dando diente con diente y salpicando de luz el suelo con la linterna, que le baila en la mano, temblona.)*—¡Mucho cuidado, señor duque!... Yo, la verdad, tengo miedo.

DUQUE.—¡Miedo a una muñeca!

CONSERJE.—Me parece haber oído abrirse las cajas y hablar y cantar a los muñecos.

DUQUE.—Sí que es usted un hombre de temple.

CONSERJE. *(Empavorecido.)*—Con personas vivas, lo que quiera el señor duque; pero con muertos y cosas de magia y mecánica..., yo no...

DUQUE.—Pues váyase, váyase.

CONSERJE.—Con el permiso del señor duque... Aquí le dejo la linterna. *(Pónela en el suelo, y vase por donde entró como alma que lleva el diablo.)*

DUQUE.—Mejor que se vaya. *(Encarándose con la caja de* MPONINA.*)* ¡Por fin voy a convencerme de qué es esto! ¡Mu- o muñeca, ilusión o realidad, yo he de llevármela! *(Acer- ıdose más a la caja.)* En ningún rincón del mundo, ni en el ıdo de los mares, ni en los palacios de maravilla que levan- ron los hombres, se ideó un hechizo como esta Pomponina orable. *(Jugando la llave en la cerradura de la caja.)* ¡Pa- e que se me va a romper el corazón! *(Deja la llave para varse ambas manos al pecho.)* ¡Me ahogo de emoción! ¡Va- ! ¡Voy a verla sólo yo! *(Da vuelta a la llave y tantea en bordes de la caja.)* ¡Ya di con él! Este debe de ser el tón que abre. *(Oprimiéndolo.)* Probaremos. *(Ábrese brus- mente la caja y vese a* POMPONINA *dentro.)*

ESCENA III

DUQUE y POMPONINA.

DUQUE.—¡Ella! ¡Qué divinidad! *(Llamándola en voz baja.)* omponina... Pomponina... ¡No me contesta! *(Tomando la ıterna del suelo y alumbrando la caja.)* Señora..., señora uñeca, o lo que usted sea... ¿No sale usted?

POMPONINA. *(Saliendo de su caja y llevando aún en la mano collar que le regaló* MINGO.*)*—¿Y Pigmalión?

DUQUE.—¡El diablo lo confunda! Vengo yo solo.

POMPONINA.—¿Y quién eres tú?

DUQUE.—El duque de Aldurcara.

POMPONINA.—¿Y cómo estás aquí solo? Es la primera vez ıe veo gente sin Pigmalión.

DUQUE.—No me hable usted más de Pigmalión. Lo odio.

POMPONINA.—¡Toma, y yo! ¡Y todos! ¡Y mi paje, Don Lin- o, más que todos!

DUQUE.—Pero usted, o tú, o como usted quiera... ¿Quién res, tan soberanamente hermosa?

POMPONINA.—Pomponina, hombre. ¿No lo has visto en mi aja?

DUQUE.—¿Pero qué eres? ¿Mujer, muñeca, ensueño, apa- iencia o qué?

POMPONINA.—Soy Pomponina.

DUQUE.—Yo te adoro.

POMPONINA.—Igual me dicen Pigmalión y mi paje.

DUQUE.—¡No me hables de nadie! ¡Sólo me importas tú!

POMPONINA.—Lo mismo, lo mismo me dice mi Don Lindo.

DUQUE.—¡Tu Don Lindo! ¡Maldito paje!

POMPONINA.—¡Ay, no! ¡Déjalo en paz! ¡Lo han pelado aho- ra! Cuando lo vea, lo que me voy a reír. A ver si se me va l amor que le tengo.

DUQUE.—¿Cómo el amor? ¿Tú, tan maravillosamente gu pa, estás enamorada de ese muñeco?

POMPONINA.—Claro que sí.

DUQUE.—¡De un muñeco!

POMPONINA.—¿Y qué soy yo?

DUQUE.—Pues destruiré ese muñeco.

POMPONINA.—¡Ay, no, pobrecito!

DUQUE.—Te quiero para mí exclusivamente. Vengo a r barte.

POMPONINA.—¡Ay, qué miedo!

DUQUE.—No tengas miedo. Te quiero yo con toda mi alm

POMPONINA.—Es un decir. Estoy deseando que se me lleve

DUQUE.—Tengo muchos millones, muchos palacios, much caballos y coches y muchas joyas.

POMPONINA.—¿Tan bonitas como éstas? *(Le enseña el c llar de brillantes.)*

DUQUE.—A ver. Trae.

POMPONINA. *(Retirando el collar.)*—No te vayas a qued con él.

DUQUE.—¡Pomponina! ¿Por quién me has tomado?

POMPONINA.—Por un hombre. Bueno, míralo; pero no suelto.

DUQUE. *(Examinando el collar.)*—Son cuentas de vidrio.

POMPONINA.—No, que son brillantes.

DUQUE.—Cristal, y del mediano.

POMPONINA. *(Desilusionada.)*—Y eso vale menos, ¿eh?

DUQUE.—Eso no vale nada.

POMPONINA.—¡Maldito Mingo! Ya verás tú. *(Va furiosa la caja de* MINGO.*)*

DUQUE. *(Interponiéndose.)*—¡No, por Dios, déjalo! ¿Q te importa ya? Te compraré las piedras preciosas mejor de la tierra; te haré fabricar carrozas de oro y plata, y *aut* eléctricos y silenciosos, con camarines de ébano y palo rosa, y tendrás mil criados, y serás libre y reina en el mund

POMPONINA. *(Palmoteando.)*—¡Ay qué bien, ay qué bie Es verdad todo eso, ¿eh?

DUQUE.—Dentro de unas horas toda mi fortuna será tuy

POMPONINA.—Entonces llévame.

DUQUE.—¡Ven! *(Tomándola, emocionadísimo, de la mano* ¡Ven!

POMPONINA.—¿Dejarás ir conmigo a mi paje Don Lind

DUQUE. *(Con súbita indignación.)*—¡De ningún modo! ¿E tás loca? Te quiero para mí solo, solo...

POMPONINA.—¿Y cuando me canse de ti?

DUQUE.—Me mataré.

POMPONINA.—Así, bueno; pero a mí no me harás daño, eh? Tengo una maquinaria muy delicada.

DUQUE.—¡Pomponina! ¡Qué candor! Mira, detrás de esas cortinas *(Señalando al fondo)* hay una ventana muy baja que da a la calle. Saltaremos por ella, para que los empleados de Pigmalión, que duermen ahí, en los corredores, no nos vean.

POMPONINA.—¡Ah, sí, Tomás y Mauricio! Son unos borrachos.

DUQUE.—Ven, ven. *(Suelta la mano de la muñeca y descorre las telas entre la caja de* POMPONINA *y la de* CORINA. *Queda visible una ventana alta.)* Anda, vamos, ven.

POMPONINA.—Voy, voy... Y no me engañes. Ya sabes: palacios, joyas, carrozas de plata, *autos* de palo de rosa. ¡Me voy contigo por eso!

DUQUE.—El mundo entero compraría yo para tí. Ven, ven.

POMPONINA.—Voy, voy. ¡Cómo va a rabiar Pigmalión. *(Tornando a batir palmas.)* ¡Me alegro! Que rabie, que rabie. Así no me castigará otra vez sin flores. *(Acércase al* DUQUE. *Este abre con tiento la ventana y la salta. El tonto, sin ser advertido, entreabre un poco más la puerta de la caja.)*

DUQUE. *(Tras la ventana, ofreciendo las manos a* POMPONINA.*)*—Ven, alma mía, ven.

POMPONINA. *(Tomando las manos del* DUQUE.*)*—Es bajita, ¿eh?

DUQUE.—Ya lo ves. *(Salta también* POMPONINA, *apoyándose en el* DUQUE. *Ya en la calle vuélvese y mira por la ventana las cajas de los muñecos.)*

DUQUE.—Vamos, amor mío, vamos.

POMPONINA. *(Tras la ventana. Vésela el busto sólo, como al* DUQUE.*)*—¡Libre, libre; ya soy libre! ¡Uy, cómo se van a poner algunos cuando sepan que me he ido! *(Despidiéndose con la manita como una niña.)* ¡Adiós, adiós, adiós todos! *(El* DUQUE, *entrelazándola delicadamente con el brazo, llévasela. Se oye el toque seco y brusco de la bocina de un auto y el trepidar del vehículo. Después, nada.)*

JUAN. *(Sacando la cabeza, con susto en el rostro y en tono de espanto y alarma.)*—Cu, cu, cu, cu, cu, cu. *(Echase fuera de su caja, observa, escucha atento, y grita de nuevo.)* Cu, cu, cu, cu, cu, cu, cu...

ESCENA IV

Todos los muñecos. Musiqueo metálico. Asoman juntos la testa, en la caja de DONDINELA, ésta y el TÍO PACO, y en la de MARILONDA, ésta y PERIQUITO. Los demás muñecos y muñecas asoman también, miran a todos lados y salen despacio.

JUAN. *(Encarándose con los muñecos, señalándoles primero la caja abierta y vacía de* POMPONINA *y después la ventana, remedando mímicamente la fuga y volviendo a gritar en tono plañidero.)*—Cu, cu, cu, cu, cu.

DON LINDO. *(Con desesperación.)*—¡Pomponina se ha escapado! *(Reparan todos en* DON LINDO *y sueltan la carcajada. Cubriéndose la cabeza con las manos.)* ¡Por vida de...! Con esta desgracia se me ha olvidado mi peluca... No es para reírse el momento.

MARILONDA.—Lo han pelado, ja, ja, ja.

LUCINDA. *(Señalando al paje con el dedo.)*—¡Qué visión!

CORINA.—¡Qué facha!

DONDINELA. *(Señalándolo también y cantando en broma.)*—Motilón.

TODAS. *(A coro.)*—Motilón, motilón, motilón. *(Ríen.)*

DON LINDO.—¡Necias!

LUCAS. *(Alzando la peluca y agitándola en el aire.)*—¡No hombre, no! ¡Toma! No estando Pomponina, para nada la necesito. ¡Yo que pensaba divertirme tanto! ¡Toma! *(Le tira a* DON LINDO *la peluca y apunta mal, dando con ella en la frente del* TÍO PACO.

EL TÍO PACO. *(A* LUCAS GÓMEZ.*)* ¡Eh, amigo, hay que tener mejor puntería! Yo no admito pelucas de nadie.

CAPITÁN.—¡Basta ya! ¡Esta es la ocasión de escaparse!

URDEMALAS.—¡Y tanto! Llega, por fin, la oportunidad de emanciparnos y perdéis el tiempo peleándoos.

CAPITÁN.—Cierto. Huyamos.

MUÑECAS. *(A coro.)*—Libertad, libertad.

JUAN. *(Saltando regocijadísimo.)*—Cu, cu, cu, cu.

PERO GRULLO.—Calla, tú, tontuelo. ¿Quién va a sustituir a Pigmalión para dirigirnos?

MINGO REVULGO.—Yo me encargo de administraros y exhibiros por el mundo.

DON LINDO.—Como si tuvieras tú el talento de Pigmalión.

MINGO REVULGO.—Para eso tenemos a Urdemalas de consejero.

PERO GRULLO.—Y yo, ¿qué? ¿Puede prescindirse de mi en ese gobierno?

URDEMALAS. *(Disimulando una sonrisa.)*—De ninguna manera. Tú serás nuestro diplomático y representante entre los hombres. Estás lleno de dignidad, y no te equivocas nunca.

PERO GRULLO.—Exacto. Me gusta mucho que me hagan justicia.

URDEMALAS.—No perdamos más tiempo.

CAPITÁN.—Muy bien hablado. Voy a preparar la fuga en el acto y a enardeceros a todos.

JUAN. *(Muy alegre.)*—Cu, cu, cu, cu.

CAPITÁN. *(Sacando el sable y blandiéndolo en el aire.)*—Venid aquí. Escuchadme, atendedme. *(Continúa empuñando con la diestra el sable, y recoge del suelo, con la izquierda, la linterna que dejó el* CONSERJE, *contemplándola detenidamente. Rodéanle muñecos y muñecas. Accionando, ya con el sable, ya con la linterna.)* ¡Os hablo en nombre de nuestra conveniencia y más sagrados intereses!

URDEMALAS. *(Yendo cerca del* CAPITÁN.*)*—A ver si estás a la altura de las circunstancias.

CAPITÁN.—¡Yo siempre estoy en las alturas, a cubierto de las cobardías vulgares! Escuchad: *(Estrechan el corro.)*

URDEMALAS. *(Al oído del* CAPITÁN.*)*—Sé breve.

CAPITÁN.—Fijaos bien todos en esa ventana. *(Volviéndose y señalándola con el sable.)* ¡Fijaos bien! *(Los muñecos miran a la ventana.)* Tras esa ventana está el fin de nuestra esclavitud.

PERO GRULLO. *(Adelantando un paso y alzando solemnemente el brazo.)*—Y el principio de nuestra libertad.

URDEMALAS.—¡Eso es! ¡Bravo!

CAPITÁN.—Tras esa ventana está la dicha libre, la danza libre y el entendimiento libre... ¡Todo libre, todo!

URDEMALAS. *(Bajito al* CAPITÁN.*)*—No te enredes. Abrevia.

CAPITÁN. *(A* URDEMALAS *en el mismo tono.)*—Sí, sí. *(Alto.)* Huir..., huir..., es..., es..., es..., es..., es...

PERO GRULLO.—Huir es escaparse.

CAPITÁN.—¡Tú lo has dicho, Pero Grullo! ¡Gracias por el auxilio! Huir es escaparse, y escaparse es gozar de una vida nueva, sin ese déspota de Pigmalión.

URDEMALAS. *(Tirándole de la manga.)*—Acorta, hombre, te digo.

CAPITÁN. *(A* URDEMALAS.*)*—Ya, ya. *(Otra vez en tono elevado.)* Toma tú, Bernardo. *(Le ofrece la linterna.)* Toma.

BERNARDO.—¿Yo?

CAPITÁN.—Tú, sí, tú.

BERNARDO. *(Tomando la linterna.)*—¡Retuerca!

CAPITÁN.—Tú saltarás primero por esa ventana, y si hubiese algún impedimento lo separarás con tu espada.

BERNARDO. *(Algo contrariado.)*—Capitán Araña, yo quizá no merezca el honor de ser el primero.

CAPITÁN. *(Con una gran plenitud de convicción.)*—Sí, mereces, gran Bernardo, lo mereces.

BERNARDO. *(Cariacontecido, con la linterna en la mano.)*—Yo creo que exageras. ¿Verdad, Tío Paco?

CAPITÁN.—No exagero, Bernardo. Tú, con tu espada famosa, debes precedernos. Tras de ti, Ambrosio, con su carabina preparada, y el Enano con su maza.

ENANO.—Es que quizá no seamos ahora nosotros ni los más indicados ni los más dignos.

URDEMALAS.—¿Cómo que no? ¡Vaya si lo sois!

CAPITÁN.—¡Qué duda cabe que lo sois! Debéis sacrificar vuestra natural modestia y resignaros ante vuestra grandeza. ¡Pigmalión os la dió. *(Afilándose la punta de la perilla con la mano con que empuñó la linterna, y subrayando el discurso con el sable.)* ¡Dichosos aquellos cuyo destino les reserva la alta misión del heroísmo! Yo os envidio a ti, al Enano y al valiente Ambrosio, porque estáis llamados a la inmortalidad.

BERNARDO.—¡Retornillo!

CAPITÁN.—Ve, Bernardo, ve. Síguele Ambrosio, y tú, celebérrimo espantajo de la venta, secúndales. Id, id los tres.

TODOS.—Sí, id, id.

CAPITÁN. *(A BERNARDO, que se le ha avinagrado el rostro y clava la vista en la linterna.)*—Ve tú, ve. Para algo te llamas Bernardo.

BERNARDO. *(Melancólicamente.)*—Es verdad. Para algo me llamo Bernardo.

URDEMALAS.—¡Nobleza obliga!

CAPITÁN.—¡Y tanto que obliga! Ve, ve a la ventana, Bernardo, alúmbrate en la calle y avísanos si no estuviese expedito el camino.

BERNARDO. *(Sacando su enorme espada y con ella fuerzas de flaqueza, y dejando la linterna en el suelo.)*—La luz compromete. Prefiero las sombras.

CAPITÁN.—Vamos, tú, Ambrosio; Enano, dadle escolta.

AMBROSIO. *(Descolgándose, mustio, la carabina y amartillando el gatillo.)*—Bueno, se la daremos. Qué remedio queda.

EL ENANO. *(Agitando la maza.)*—Alguien se ha de exponer primero.

CAPITÁN. *(Grandilocuente, levantando muy alto el sable.)*—¡Os exponéis por toda nuestra raza de muñecos! Ya se lo habéis oído mil veces a Pigmalión. Somos los comienzos de un futuro mundo mejor. ¡Figuraos qué lugar os reserva mañana la historia!

LUCINDA.—Os tejeremos coronas.

LAS TRES MUÑECAS RESTANTES. *(A coro.)*—Muchas, muchas ronas. ¡Vivan los héroes!

CAPITÁN.—Ya lo veis. Las mujeres os agasajarán también.

BERNARDO. *(Dirigiéndose despacio a la ventana, blandiendo espada.)*—Vamos.

AMBROSIO. *(Tras él.)*—Andando.

EL ENANO. *(Echando a andar, de mala gana, detrás de AMosio.)*—Pero sin correr, con cautela.

URDEMALAS. *(Inmóvil, viéndolos ir.)*—¡Qué suerte tenéis!

CAPITÁN.—¡Quién la tuviera! ¡Son los elegidos!

JUAN.—Cu, cu.

BERNARDO. *(Ya junto a la ventana, mirando por ella a la lle.)*—No se ve nada. *(La salta, describe eses en el aire con espada, vuélvese a los muñecos, haciéndoles señas de que ueden seguirle, y desaparece.* AMBROSIO *y* EL ENANO *saltan ambién, vuélvense igualmente a los muñecos, haciéndoles las ismas señas tranquilizadoras y aléjanse, perdiéndose en las mbras de la noche.)*

DON LINDO. *(Yendo presuroso a la ventana.)*—Yo encontraé a Pomponina. *(Sáltala y vase.)*

MINGO REVULGO.—La encontrará para mí. *(Lárgase tras de ON LINDO, saltando torpemente la ventana.)*

PERO GRULLO.—Te sigo, te sigo, querido Mingo. *(Salta presurado después de* REVULGO *y márchase corriendo.)*

CAPITÁN. *(Llegándose al marco de la ventana con el corvo ible enhiesto.)*—¡Venid todos! ¡Saltad! ¡Sus! ¡Aprisa!

JUAN. *(Saltando tras* LUCAS, *y en tono apagado.)*—Cu, cu.

CAPITÁN. *(Dándole un sablazo leve en las espaldas.)*—Sincio, tú, estúpido.

JUAN. *(Tocándose, dolorido, la espalda.)*—Cu, cu. *(Desapaece.)*

URDEMALAS. *(Pasando ligero a la calle.)*—Abur, Capitán. *Vase.)*

CAPITÁN. *(Asomándose a la ventana.)*—¿Cómo abur? Hasta hora mismo. *(Sigue asomado, pantalleándose los ojos con la nano izquierda, mirando por donde se han ido los muñecos.)*

ESCENA V

CAPITÁN y URDEMALAS, que torna a la ventana.

CAPITÁN. *(Asioso.)*—¿Qué? ¿Hay novedad?

URDEMALAS.—Ninguna. No se divisa ni el farol de un seeno.

CAPITÁN.—¡Respiro! ¿Por qué vuelves?

URDEMALAS.—Sé que te vas a quedar y...

CAPITÁN.—¡Cómo que me voy a quedar! ¡Y en una ocas como ésta! ¡Eso es insultarme y desconocerme! ¡Sólo tú p des cobijar tan ruin pensamiento!

URDEMALAS.—¡Psssi, calla! ¡Discursos conmigo, no! Com que te vas a quedar, yo me encargo de que recibas aquí n cias nuestras, para que te reúnas con nosotros, cuando pue huir, sin el menor riesgo.

CAPITÁN.—¡Pero Urdemalas...!

URDEMALAS.—Suprime aspavientos. Tu presencia debe tar todo peligro, Capitán, porque, como la mía, es indispe ble en las farsas y en el mundo. ¡Adiós, Capitán! *(Mira h la izquierda, a lo lejos, y se va nuevamente.)*

CAPITÁN. *(Volviéndose de espaldas a la ventana, se ap con una mano en su sable, se atusa con la otra los mostac y la perilla, y medita unos segundos.)*—Ese Urdemalas ti razón. ¡Es más listo que una centella! ¡Vaya si tiene raz ¡Qué duda cabe, yo me debo quedar! Será curioso escucha Pigmalión y ver la cara que pone cuando descubra la f de sus muñecos. *(Yendo reposadamente a su caja.)* Luego venga mañana y se le pase el sofoco, salgo y le digo que he podido inpedir esta criminal escapatoria, y que he grit en vano, sin que me oyese nadie, y pasaré a ser su hombr autómata de confianza. No me vigilarán ya más ni sospec rán de mí, y entonces, sin peligro, podré salir de aquí có damente, para unirme a mis compañeros, sin exposición n guna, cual conviene a un capitán de mi gloriosa historia. *(mete en su caja y cierra tras de sí la puerta. Ruido metá y telón rápido.)*

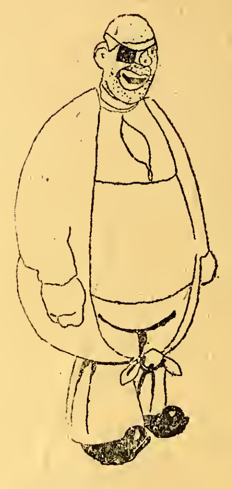
FIN DEL ACTO SEGUNDO



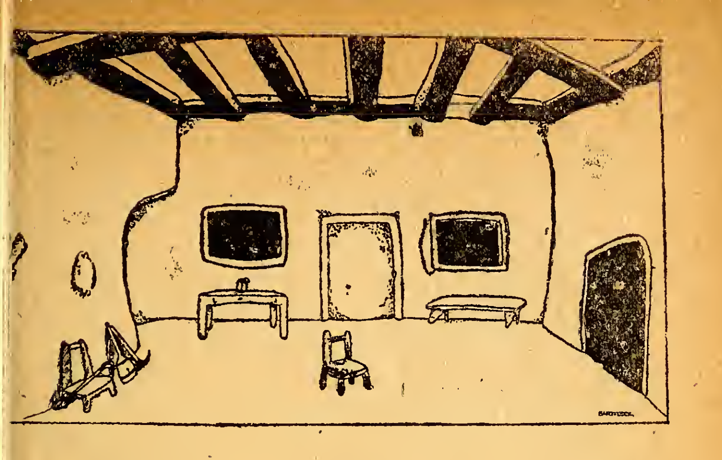
Muñecas al servicio de Pomponina.



Periquito entre ellas.



Lucas Gómez.



ACTO TERCERO

nterior pobre, de una casa de peón caminero. Por todo asiento, ban-os negruzcos y usados, de madera; y a la derecha, en un rincón, dos llas de enea, ante una mesilla pequeña y vieja, de pino, sobre la que rde una lámpara. Puerta central, a medio cerrar. Cuatro ventanas biertas. Dos laterales y dos más en el fondo, una a cada lado de la uerta central. Dan a la carretera. De las paredes cuelgan herramien-as diversas de trabajo: azadas, martillos de picar piedra y una esco-eta. A la izquierda, otra puerta entornada, que comunica con las ha-itaciones del albergue. Tiene la llave en la cerradura, y arrimados en l rincón opuesto a la mesa, varios mazos, pesados, de apisonar. Es de oche. Entra en la estancia el reflejo de la luna, que reluce tras una ventana. Alumbra redonda y rojiza, como un farol japonés.

ESCENA PRIMERA

POMPONINA, sentada en una silla, apoya un codo en la mesa, y a la luz e la lámpara contémplase el rostro, en su espejillo de mano que em-uña con la izquierda. El DUQUE, de pie ante la muñeca, la observa atento.

DUQUE.—No te mires más, vidita, alma mía.

POMPONINA. *(Apartando el codo de la mesa y subiéndose de in manotazo, con la diestra, súbitamente, las faldas que le aolestan.)*—Quiero mirarme.

DUQUE. *(Observándola embobado.)*—Estás divina. Y no me nseñes esas piernas tan maravillosas ahora. ¡Pierdo la ca-eza! ¡Y no es la ocasión ésta!

POMPONINA. *(Tornando a apoyar el codo en la mesa y a contemplarse, absorta, en el espejillo.)*—¿La ocasión de qué?

DUQUE.—¡De nada! Me gusta que seas tan inocente..

POMPONINA.—Pues a mí me gusta que se me vea bien todo lo que tengo. Pigmalión no me ha querido enseñar nunca desnuda delante de la gente; y es lo que yo le decía: ya que me has hecho tan perfecta, ¿por qué no dejas que me vean sin ropa?

DUQUE.—Sin ropa no te verá nadie mientras yo viva. Como no sea yo solo.

POMPONINA.—¿También tú? Pues no eres poco egoísta. Lo mismo me decían mi paje y Pigmalión. ¡Pues, no, señor! Yo quiero que vean todos lo retepreciosa que soy.

DUQUE.—Mira, monina, urge que te eduque para mí solo. Eres algo nuevo, imprevisto, sorprendente, que se adora con toda el alma, aunque sea una muñeca. Y no te mires más, repito. Mírame a mí.

POMPONINA.—¡Ya no me gustas!

DUQUE.—¡Sí que te has cansado pronto! ¡Aún no hace una hora que estamos juntos!

POMPONINA.—Me has prometido palacios, fiestas, jardines, perlas. Por eso me he ido solita contigo sin mi paje y los otros muñecos. ¡Escaparme para venir a parar a esto! ¡Yo no quiero estar aquí!

DUQUE.—¡Toma, ni yo! ¿Quién iba a pensar en la avería del *auto?*

POMPONINA.—Se tienen automóviles más seguros.

DUQUE.—Más seguro que un "Rolly", último modelo, no conozco.

POMPONINA.—Pues ya ves qué seguro es que a lo mejor del camino paf, rotura.

DUQUE.—¡Inevitable! Mi chauffeur y el peón caminero de esta casa han salido escapados en busca de remolque.

POMPONINA.—¿Y si pasamos aquí toda la noche?

DUQUE.—Renegaré de mi estrella, pero... ¿qué le voy a hacer? Estamos lejos de poblado. Tardarán en volver, por de prisa que vayan; pero cerca de ti, todo es nada. ¡Sólo tú importas! ¡A tu lado, todo me es igual!

POMPONINA. ¡A mí, no! ¡Qué mareo! Nos cogerá Pigmalión, que es muy listo, y adiós escapatoria.

DUQUE.—Es lo que nos faltaba; pero no.

POMPONINA.—Pero sí...

DUQUE. *(Yendo hacia ella muy amoroso.)*—Pero, tontina, muñequita divina, encanto mío. ¡Cómo te adoro! *(Intenta abrazarla, en un arrebato de pasión.)*

POMPONINA. *(Rechazándolo con el gesto.)*—Quita, quita.

DUQUE.—No te enfades, monina.

POMPONINA. *(Ensayando gestos en el espejillo, tornando a extasiarse en la contempltción de sí misma.)*—Me he escapado para divertirme y gozar yo, no tú. *(Dando un golpetazo con el espejillo en sus faldas.)* ¡Qué triste es todo esto!

DUQUE.—En cuanto venga otro automóvil saldremos corriendo. Mañana, en mi casa de Predio Alto, y dentro de unos días, en París.

POMPONINA. *(Palmoteando.)*—¡Ay, sí, si! París, París! Pigmalión dice que es divino. Nos iba a exhibir allí muy pronto. ¡A París, a París!

DUQUE.—¡Cómo me gusta verte pasar en seguida de la tristeza a la alegría!

POMPONINA.—Dame agua.

DUQUE.—¿Agua?

POMPONINA.—A nosotras hay que remojarnos con frecuencia el engranaje. Quiero agua.

DUQUE.—¿Dónde la encuentro yo ahora?

POMPONINA.—Búscala.

DUQUE.—Pero, Pomponina...

POMPONINA.—Quiero agua. Tú me has dicho que satisfarías todos mis caprichos. Ve al automóvil.

DUQUE.—Sólo hay botellas de vino.

POMPONINA.—Pues búscala por ahí, por dentro de la casa.

DUQUE.—Pero, monina...

POMPONINA. *(Haciendo pucheros.)*—Quiero agua.

DUQUE.—¡No! ¡Llorar, no! Se me parte el alma de verte llorosa.

POMPONINA.—Pues dame agua.

DUQUE.—Voy, voy a ver si la encuentro. No te apures. *(Enciende una cerilla y éntrase, por la puerta izquierda, en el interior de la casa. La muñeca se queda sola, en actitud pensativa. Un ratito de inacción y silencio.)*

POMPONINA.—Lo voy a encerrar y me escapo yo solita... ¡Ay, no, qué miedo; solita, no!... Pero lo encierro. Vaya si lo encierro. Le haré rabiar, para no aburrirme. *(Va de puntillas a la puerta por donde se fué el* DUQUE, *y echa la llave.)* Así, así. ¡Qué gusto! Las ventanas tienen reja ahí. No podrá saltar.

DUQUE. *(Desde dentro, llamando en la puerta.)*—El agua.

POMPONINA. *(Junto a la puerta.)*—Ya no quiero agua.

DUQUE.—Pero abre; me has encerrado.

POMPONINA.—No abro. Rabia.

DUQUE.—¡Pomponina!

POMPONINA.—Que no abro.

DUQUE.—Pero criatura...

POMPONINA.—Yo no soy criatura. Soy Pomponina.

DUQUE. *(Golpeando la puerta.)*—¡Vamos, abre!

POMPONINA. *(Llevándose la diestra a la naricilla graciosa y haciéndole burla.)*—No abro. Encerrado ahí, por malo.

DUQUE. *(Aporreando la puerta.)*—Echaré la puerta abajo.

POMPONINA.—¡Mejor! ¡Así me divertiré! ¡Me aburría mucho. *(Suena, lejana, la bocina de un automóvil.)*

DUQUE.—¿Oyes?

POMPONINA.—Sí, oigo. Voy a ver. *(Asómase a una ventana.)*

DUQUE.—¡Al fin! ¡Ya está ahí el *auto*, Pomponina! ¡Abre!

POMPONINA. *(Desde la ventana.)*—Cuando llegue. Aún no se ve. ¡Calle! Viene una señora a pie.

DUQUE.—¿Una señora?

POMPONINA.—Sí; muy compuesta, Mira como buscando algo... Ahora se fija en mí; viene hacia la casa. *(Retirándose de la ventana.)* ¿Quién será?

DUQUE. *(Multiplicando los porrazos en la puerta.)*—¡Abre, abre, por los clavos de Cristo!

POMPONINA.—Luego, luego. Me gusta mucho hacerte rabiar.

ESCENA II

POMPONINA; JULIA, una mujer muy ataviada y moza, que aparece en la puerta central, y el DUQUE, desde dentro.

JULIA. *(Observando a* POMPONINA, *sin pasar del umbral de la puerta.)*—Esta debe ser.

POMPONINA. *(Contemplando a la recién llegada.)*—Ya te he visto desde lejos. Pasa, pasa. (JULIA *adelanta despacio sin quitar los ojos de* POMPONINA.)

DUQUE. *(Moliendo la puerta a patadas y puñetazos.)*—Abre, abre.

JULIA. *(Mirando, sorprendida, a la puerta.)*—¿Quién está ahí dentro?

DUQUE.—¡Eso me faltaba, Julia aquí!

JULIA. *(Yendo presurosa a la puerta, y aplicando el oído en ella.)*—¡El duque!

POMPONINA.—¿Lo conoces?

JULIA.—No conozco otra cosa. Por él vengo.

DUQUE. *(A voz en cuello.)*—¡Abre!

JULIA. *(Para sí, examinando a* POMPONINA *con unos impertinentes.)*—Es divina, realmente. *(Alto.)* ¿Lo ha encerrado usted?

POMPONINA. *(Mirando, también con sus impertinentes, a la dama.)*—Me aburría.

JULIA.—¿Y por eso?

POMPONINA.—Sí, por eso, por distraerme, lo he encerrado.

JULIA. *(Hablando alto, cerca de la puerta, para que la oiga* DUQUE.)—¡Magnífico! ¡Encerrado y burlado por una... gamos muñeca! ¡Ni hecho de encargo!

DUQUE. *(Aporreando, iracundo.)*—¡Ábreme, Julia!

JULIA.—¡Ca! Me conviene más que estés encerrado.

DUQUE. *(En el paroxismo de la cólera, acompañando su ablar con golpes en la puerta.)*—¿Cómo estás aquí?

JULIA. No te importa.

DUQUE.—¡Abre con mil diablos!

POMPONINA. *(Ingenua, a* JULIA.)—Cómo rabia, ¿eh?

JULIA.—¡Que rabie! Por él y por usted venía, sea usted o o una muñeca.

POMPONINA.—Una muñeca soy. Como somos nuevos aquí, un no me has visto representar en las farsas.

JULIA.—Nunca oí hablar a las muñecas. Tal y como una ersona es usted.

POMPONINA. *(Abanicándose, coqueta y vanidosa.)*—¡Más bo-ita que una persona! ¡Me han hecho muy bien! *(Va a sen-tarse en una silla. Musiqueo metálico al sentarse.)*

JULIA.—¿Tiene usted música dentro?

POMPONINA.—¿No lo oyes?

JULIA.—Todo esto es extraordinario.

POMPONINA.—Y tú, ¿quién eres?

JULIA. *(Con un comienzo de ira.)*—¡A que sepas quién soy he venido!

POMPONINA.—¿Ah, sí? ¡No comprendo!

JULIA.—Las muñecas comprenden pocas cosas.

POMPONINA.—No creas. Pigmalión nos ha dado mucha pi-cardía. Si tú conocieses a Urdemalas, verías. Es muy tra-vieso.

JULIA.—¡Qué más Urdemalas que tú! ¡Robarme al duque!

POMPONINA.—¿Yo? Yo no he robado al duque. Ha sido él quien me ha robado a mí.

JULIA.—¿Conque él te ha robado?

POMPONINA.—De mis cajas, sí, señora. Y me ha prometido que seré como una reina, y que tendré muchos palacios, per-las y brillantes a montones; pero ya me estoy arrepintiendo de esta huída. Me vuelvo con mis muñecos. Abur, me voy.

DUQUE.—¿Cómo que se va? ¡Pomponinaaaaa!

JULIA.—No hay cuidado, no se va. *(Llégase de un salto a la muñeca, cogiéndola por un brazo. Oyese un crujir de caja de música sacudida y dos o tres notas destempladas, de cam-pana sonora.)*

POMPONINA.—¡Suelta! ¡Déjame!

DUQUE. *(Chillando tras la puerta.)*—¡Si la estropeas, te mato!

POMPONINA.—¡Socorro!... ¡Ay, ay!... ¡Socorro!
DUQUE. *(Como loco.)*—¡Déjala, déjala!
JULIA. *(Zarandeando de nuevo a* POMPONINA.*)*—¿Dejarla? ¡Voy a dividirla en pedazos! *(Pónele una mano en el sombrero y otra en el pecho. En la ventana izquierda del fondo asoma la cara de* JUAN EL TONTO.*)*

ESCENA III

JULIA, POMPONINA y los demás muñecos que se indican.

JUAN. *(Mirando a* POMPONINA.*)*—Cu, cu.
JULIA. *(Sorprendidísima, soltando a* POMPONINA, *al ver la cabeza de* JUAN EL TONTO *aparecer en la ventana.)*—¡Qué!...
POMPONINA. *(Corriendo a la ventana.)*—Mis muñecos, mis muñecos.
JUAN.—Cu, cu. *(Asoman junto al tonto* LUCAS GÓMEZ, EL ENANO, BERNARDO *y* AMBROSIO, *y en la otra ventana del fondo,* URDEMALAS *y* DON LINDO. *Todos recorren la estancia con la vista, mirando sigilosos.* JULIA, *inmovilizada por el asombro, contempla estupefacta los muñecos.)*
DON LINDO.—¡Pomponina!
POMPONINA. *(Yendo a la otra ventana, al ver a* DON LINDO *y abrazándose a él.)*—¡Mi paje!
DON LINDO. *(Estrechando el abrazo.)*—¡Pomponina mía! *(Cuadro. Unos momentos de expectación y silencio.)*
DUQUE. *(Aporreando otra vez la puerta.)*—¿Qué pasa ahora, vive Dios?
JULIA. *(Contemplando a los muñecos, desconcertada.)*—¿Estaré yo soñando? *(Los muñecos van hablando cuando se indica, sin pasar de la ventana.)*
URDEMALAS.—¡Andando! ¡Huyamos! ¡Nos sigue Pigmalión de cerca!
POMPONINA. *(Desprendiéndose dulcemente de* DON LINDO.*)* ¿Cómo habéis venido?
LUCAS. Nos hemos fugado.
URDEMALAS.—Pssi. Hablad quedo.
POMPONINA.—¿Y los demás?
DON LINDO.—A todos los ha cogido Pigmalión.
POMPONINA.—¡Los ha cogido!
LUCAS.—Sí. Ha poco; al enterarse de la fuga tuya y nuestra, preparó nuestro carro-automóvil para viajar por los pueblos y se lanzó él solo en nuestra persecución.
DON LINDO.—En una plaza, llena de pórticos, bajó para darnos caza.
URDEMALAS.—Y mientras cogía a Periquito, Lucinda y de-

más muñecos, nosotros asaltamos el carro, le di toda la velocidad al motor y aquí estamos.

POMPONINA. *(Alzando las manitas bonitas y batiendo palmas.)*—¡Muy bien jugado, muy bien jugado! ¡Qué alegría! ¡Si no es por vosotros!...

URDEMALAS. *(Interrumpiéndola.)*—No perdamos tiempo ahora. Nos siguen de cerca.

DON LINDO.—¡Ven, Pomponina, ven, ven!

POMPONINA.—¡Sí, sí, sí! ¡Llevadme, llevadme! *(Salta la ventana, apoyada en* DON LINDO *y* URDEMALAS.)

JUAN. *(Observando a* JULIA *y recorriendo otra vez con la mirada toda la habitación.)*—Cu, cu. *(Desaparecen rápidos todos los muñecos. El tonto se queda un instante en la ventana, haciéndole muecas de burla a* JULIA.*)* Cu, cu. *(Vase. Oyese al* DUQUE *golpear furioso la puerta.* JULIA, *de pie en medio de la escena, sigue mirando, atónita, a las ventanas. Otro rato corto de silencio.)*

ESCENA IV

JULIA y el DUQUE, encerrado.

JULIA. *(Para sí, desconcertada.)*—¿Pero qué es esto? ¿Qué apariciones son ésas? ¡Qué caras!... ¡Lo estoy viendo y no lo creo! *(Va, precavida y temblando, a la ventana derecha, asomándose a ella con miedo y mirando unos momentos hacia lo lejos.)* ¡Se han ido! ¡No se ve nada ya!

DUQUE. *(Desde dentro.)*—Pomponina, Pomponinaaaa...

JULIA. *(Desde la ventana.)*—Se fué, hijo; se fué.

DUQUE.—¡Se fué!

JULIA. *(Retirándose de la ventana, un poco más repuesta del susto y la sorpresa, y acercándose donde está el* DUQUE, *cerca de la puerta.)*—Sí. Han venido unos tíos muy raros y se han llevado a Pomponina.

DUQUE.—¡Abreme, o no respondo de mí!

JULIA.—Hasta que no venga gente, no. Te conozco el pronto, y la verdad...

DUQUE.—¿Cómo has llegado hasta aquí?

JULIA. *(Hablando muy cerca de la puerta.)*—Pues nada, hombre; que fuí a tu casa, me enteré de tu fuga con la figurilla esa mecánica, me cegué y monté en mi *auto*...

DUQUE.—¡Y no te estrellaste, por desgracia!

JULIA.—Me dió el corazón que llevarías la condenada ésa, por de pronto, a tu finca de Predio Alto, donde pasaste conmigo la primera luna de miel.

DUQUE. *(Exasperado, gritando y dándole a la puerta con todas las fuerzas que le quedan.)*—¡Abreeeeeeee!

JULIA.—Luego, hombre, luego. ¡Calla! ¡Te vas a quedar afónico! *(Yendo por una silla y sentándose ante la puerta.)* Ahora, la verdad, hasta que venga gente, yo no tengo ninguna prisa.

DUQUE.—¡Por los clavos de Cristo!

JULIA. *(Acomodándose en la silla a sus anchas.)*—Pero ninguna prisa. *(Golpear terrible del* DUQUE *en la puerta.)*

ESCENA V

JULIA y los muñecos de antes, que aparecen de nuevo, en una ventana del fondo. Hablan entre sí, muy precipitada y nerviosamente, sin que se les oiga, señalando a JULIA, que, sentada en la silla, de espaldas a ellos, no puede verlos. URDEMALAS y LUCAS GÓMEZ saltan la ventana, y de puntillas, con extremado tiento para que no le resuenen los muelles, se acerca a JULIA, haciéndole gestos. URDEMALAS saca un pañuelo grande del bolsillo. Tras LUCAS, saltan AMBROSIO, BERNARDO, el ENANO y JUAN EL TONTO. Al llegar junto a JULIA, URDEMALAS le echa prontamente el pañuelo a la cara, tapándole ojos y boca. LUCAS la sujeta los brazos. AMBROSIO, el ENANO y BERNARDO refuerzan el grupo y atenazan a JULIA. El TONTO se queda atrás, riendo estúpidamente y haciendo muecas grotescas de satisfacción.

URDEMALAS. *(En voz queda y dirigiéndose con señas expresivas a* DON LINDO *y* POMPONINA, *que se han quedado tras de la ventana, muy juntos y amartelados.)*—Psssiii... Id ya a la reja de fuera y llamad la atención del duque. *(Desaparecen de la ventana* POMPONINA *y* DON LINDO.)

DUQUE. *(Desde dentro, dejando de aporrear la puerta.)*—¡Al fin, gente en la reja! ¡Prepárate, Julia! *(Con voz más distanciada.)* ¡¡¡Qué!!! ¡¡¡Pomponina!!! ¡¡¡Don Lindo!!! (LUCAS GÓMEZ *va presto junto a la puerta y da una vuelta a la llave.* URDEMALAS, BERNARDO, AMBROSIO *y* EL ENANO *empujan a* JULIA *hacia la puerta, que entreabre* LUCAS *lo preciso sólo para que pase el cuerpo de la mujer, y la precipitan dentro.* LUCAS *cierra la puerta instantáneamente, tornando a dar dos vueltas a la llave y llegándose a la ventana. Todo prontísimo, en menos que se cuenta.)*

LUCAS. *(Desde la ventana.)*—Venid. Ya está.

JUAN. *(Frotándose las manos contentísimo y convulso de risa.*—Cu, cu. *(Vuelve* LUCAS *junto a los muñecos. Se oye tras de la puerta un porrazo espantoso y unos gritos agudísimos de* JULIA, *que cesan en seguida.* DON LINDO *y* POMPONINA *reaparecen en la ventana, que saltan a su vez, uniéndose a* URDEMALAS *y demás compañeros.)*

ESCENA VI

Los ocho muñecos citados.

URDEMALAS. *(A* POMPONINA.*)*—¡Ya estás vengada!

DON LINDO. *(Tomando de la mano a* POMPONINA *y señalando a la puerta.)*—Esa es la que te quería dividir en pedazos, ¿verdad? Pues ahora la dividirán a ella.

POMPONINA.—Así, que la zurren, por mala. *(Otro ruido breve y seco tras de la puerta, y un quejido ahogado. Después, silencio.)*

LUCAS. *(Muy alegre, imitando con el ademán la acción de azotar.)*—¿Oís? Menuda tunda la estarán dando ahí dentro.

BERNARDO.—¡Por mí, que la zurzan! Y ahora, vengada ya Pomponina, pies al aire.

URDEMALAS.—He cambiado de opinión. ¡Nos quedamos aquí.

LUCAS.—¡Quedarse es absurdo!

DON LINDO.—¡Una barbaridad! Pigmalión nos sigue de cerca. Esta es la sola casa que hay en toda la llanura despoblada, y como nos llamó la atención a nosotros, se la llamará a Pigmalión también y entrará aquí.

URDEMALAS.—No sale nadie.

EL ENANO. *(Dando dos pasos hacia la puerta central.)*—Saldremos todos y te quedarás tú solo.

URDEMALAS.—No seáis pasmarotes y escuchadme. *(Todos los fantoches reducen y estrechan el semicírculo alrededor de él.* JUAN EL TONTO *lo oye, atento, acentuando su expresión de bobo.* URDEMALAS, *silbando las palabras, insinuante y persuasivo.)* Cuando, hace un rato, rescatamos a Pomponina y tornamos a nuestro carro, ¿por qué, en vez de escapar, hemos vuelto aquí?

DON LINDO.—¡Toma! Para vengar a Pomponina de esa mujerota fiera.

URDEMALAS.—Y todo porque, mientras volvíamos al carro, Pomponina nos contó el peligro que ha corrido.

DON LINDO.—¿Por qué antes querías huir, y ahora, de pronto, quieres que nos quedemos aquí?

URDEMALAS.—Porque antes, las nubes del cielo ocultaban de vez en cuando la luna, y ahora está despejado y hemos perdido mucho tiempo, se acerca el día, y como todo es llanura y no tenemos sombra que nos proteja, nos coge Pigmalión si nos ve, y en lugar de libertar a nuestros compañeros presos, mañana, esclavos de nuevo, hacemos todos la primera farsa en el teatro de Aldurcara, que es lo que quiere Pigmalión.

LUCAS.—¡Y lo que no queremos nosotros!

Pomponina.—¡Otra vez Pigmalión, cuando nos creíamo libres de él para siempre! ¡Qué horror!

Don Lindo.—Pero si no salimos y nos coge aquí dentr Pigmalión, ¿cómo nos libramos de él?

Urdemalas.—Dejadme seguir. ¿Qué desea Pigmalión? Do minarnos. ¿Qué queremos nosotros? Ser libres. ¿Quién es e fuerte? El. ¿Y los débiles?

Lucas.—Nosotros, por desgracia.

Urdemalas.—O por fortuna. El mundo es de los débile astutos.

Don Lindo.—¿Y qué hacemos?

Urdemalas.—El mal... Hagamos el mal, purificador mal justo mal. ¿Qué ha hecho Pigmalión con nosotros? Hacerno muy mal, de puro querer hacernos muy bien. La prueba, qu prepara otros muñecos mejores, que, cuando estén acabados nos sustituirán y nos destruirán. Al mal, pues, mayor mal Destruyamos a Pigmalión aquí mismo, antes que un día no destruyan a nosotros.

Pomponina. *(Batiendo palmas.)*—Ay, sí... ¿Pero cómo l destruímos?

Urdemalas.—Intentando el desorden y el caos en nuestr grey, mejores que la injusticia. Del caos de arriba—me con taba un día Pigmalión, cuando me acabó de hacer y quis probar mi inteligencia de fantoche—, del caos de arriba sa lieron esta condenada luna que nos joroba esta noche y la estrellas. Mientras duren estas que hay, tan viejas, no po drán salir otras mejores. Hagamos el mal, el mal, purifica dor mal...

Lucas.—¿Y cómo lo hacemos, repalanca?

Urdemalas.—Dejádmelo hacer a mí, que es mi oficio y par eso me hicieron.

Bernardo.—Tú nos responderás...

Urdemalas.—De todo, buen Bernardo, de todo. Mil abuelo tuve y mil herederos tendré, y tan preciso soy en el mundo que ni hombres, ni muñecos, podrían vivir ni progresar si mí. *(Sepárase de los autómatas, que lo observan curiosos, va despacio a la pared, de donde descuelga la escopeta, qu alcanza y examina atentamente.)* ¿Veis? En todas parte tengo yo cómplices y ayudas invisibles. Mis amigos dominar en la tierra. *(Tornando a examinar cuidadoso la escopeta.)* Esta cosa me parece un poco mejor que tu carabina de la farsas, Ambrosio. Está cargada, y no es fácil que esté llen de pólvora sola, como las que empleamos en el teatro. *(Le vanta, precavido, el gatillo de la escopeta; pasa ante el grup de los fantoches, va a la pared lateral derecha, en la qu apoya enhiesta el arma con mucha precaución, y llama con*

mano a sus compañeros, que se le van acercando.) Psssiii, [v]enid y obedecedme ciegamente. *(Oyese un lejano trepidar [d]e camión automóvil, que se va acercando paulatinamente, en[tr]e una algarabía de voces y de chirridos, como de quincalla [s]acudida. Los muñecos, que se iban acercando a* URDEMALAS, *[s]e detienen bruscamente, aterrados. Al pararse, les resue[na]n unos instantes las entrañas, conmovidas por el movi[m]iento repentino.)*

POMPONINA.—¡Los muñecos!

DON LINDO. ¡Es nuestro carro! Lo conozco por el ruido. ¡Es nuestro carro!

BERNARDO.—Pigmalión nos lo ha tomado.

LUCAS.—Sí; desde su *auto* habrá trasladado al carro los [d]emás muñecos.

AMBROSIO.—¡Estamos cogidos!

EL ENANO. *(Alzando su maza ante* URDEMALAS.*)*—¡Ay de [ti], si se apoderan aquí de nosotros!

TODOS LOS DEMÁS MUÑECOS. *(Avanzando desesperados hacia* [U]RDEMALAS *y blandiendo ante él los puños levantados.)*—¡Ay [d]e ti, ay de ti!

JUAN. *(Que no puede hablar, y con el rostro lleno de có[m]ico espanto, amenaza también con ambos puños cerrados.)*—[C]u, cu.

URDEMALAS. *(Yendo rápido a los muñecos y apartándolos [a] un lado, a manotazos.)*—¡Idiotas! ¡Mereceríais que os aban[d]onase a vuestra esclava suerte! ¡Callad y obedecedme! ¡Arrimaos a la pared!

BERNARDO. *(A los muñecos.)*—¿Qué hacemos?

DON LINDO. *(Yendo a la pared lateral derecha, donde dejó [a]rrimada la escopeta* URDEMALAS.*)*—Ya, qué remedio queda. [O]bedezcamos.

POMPONINA. *(Yendo tras* DON LINDO.*)*—Sí, sí.

URDEMALAS.—¡Silencio! ¡Vivo! Arrimaos en fila junto a [D]on Lindo. *(Cumplen la orden los muñecos, colocándose en [h]ilera al costado del paje.)*

EL ENANO. *(Que, con el tonto, es el último que va a la fila.)* ¡Qué déspota! ¡Habla ya lo mismo que Pigmalión!

URDEMALAS. *(Mientras va a ponerse a la cabeza de la fila [d]e los muñecos, en el sitio donde está la escopeta, a la que [o]culta con su cuerpo.)*—Estrechad más la fila. Esperemos [a]quí. No temáis a Pigmalión. Desafiadle con la palabra. Yo [s]olo acabaré con él. *(Muy próximo ya el carro-automóvil, [o]yesele parar a pocos pasos de la casa. Aumentan la chillería [y] el estrépito metálico. Restallan fuertemente en el aire unos [c]hasquidos de tralla.)*

PIGMALIÓN. *(Muy cerca de la casa, sin que se le vea aún,*

y con voz clara y rotunda de mando.)—¡Basta de gritos! ¡
callar! *(Cesa la chillería de repente.)*

TODOS LOS MUÑECOS. *(Menos* URDEMALAS *y* JUAN EL TONTO.
¡El! ¡Ya está ahí! *(Pónese a temblar la hilera de muñeco con un ligero musiqueo de herrajes y muelles sonoros. Sól* URDEMALAS *permanece firme en su puesto.)*

ESCENA VII

Los muñecos en fila, y PIGMALIÓN, que asoma la cabeza por un ventana del fondo, remira escrutador a todos los rincones de l estancia y clava la vista luego en los autómatas. Estos le mira angustiados. Una pausa. Obsérvanse en un silencio trágico, los fan toches y su creador.

PIGMALIÓN. *(Desde la ventana, interrumpiendo el silencio.* ¡Hola, perillanes! ¡Me sorprende verte, Pomponina! Me di jeron que te había robado el duque. No esperaba encontrart aquí.

POMPONINA. *(Con voz entrecortada y débil.)*—Pues ya l ves. Aquí estoy.

PIGMALIÓN.—Sí, ya lo veo, ya. ¡Muy bonito lo que habéi hecho! ¡Ahora, ahora me las pagaréis todas juntas! *(Retíra se de la ventana. El temblor de los muñecos arrecia penosa mente.)*

PIGMALIÓN. *(Entrando por la puerta central y deteniéndos en medio de la habitación. Lleva en la mano un látigo d mango largo, muy pintado y barnizado.)*—Ah de la casa... ah de la casa... Está deshabitado esto, por lo visto.

DUQUE. *(Desde dentro, con voz apagada, llamando suave mente en la puerta con los nudillos.)*—Pigmalión, Pigmalión

PIGMALIÓN. *(Mirando en derredor de sí.)*—¿Quién m llama? Yo conozco esa voz.

DUQUE. *(En el mismo tono.)*—Abrame usted.

PIGMALIÓN.—¡Demonio! ¿Quién está encerrado ahí que m conoce? *(Va hacia la puerta.)*

JUAN. *(Alzando ambas manos y con acento de pánico.)*—
Cu, cu.

PIGMALIÓN. *(Volviéndose hacia los muñecos y dándoles u latigazo en las piernas.)*—¡A callar, tú! ¿Qué significa esto ¿Qué nueva diablura habéis hecho aquí? *(Otro latigazo.)* ¿No contestáis? Pronto saldré de dudas.

DUQUE. *(Dando más fuerte en la puerta.)*—¿Abre ustec o no?

PIGMALIÓN.—¡Calle! ¡Es la voz del duque! Y Pomponina entre los muñecos. ¡Qué raro es todo esto! *(Más repiqueteo en la puerta. Llégase a la puerta, dando vueltas a la llave, y abriendo. Sale el* DUQUE, *con el sombrero abollado, sangrando*

a cara, acribillada de arañazos, desabrochado el cuello de la camisa, torcida la corbata y el gabán entreabierto, con los botones colgando, medio arrancados, y rota una de las solapas.)

ESCENA VIII

PIGMALIÓN y el DUQUE. Después, JULIA.

DUQUE.—¡Ira de Dios, ya era hora!

PIGMALIÓN.—¡Usted! ¡Y en esa facha!

DUQUE.—¡Yo, sí, yo!

PIGMALIÓN.—¿Pero qué le pasa a usted?

DUQUE.—Me pasa, que esos peleles de usted son diablos sueltos y no muñecos.

PIGMALIÓN.—Ya le dije a usted que eran de cuidado. ¿Pero qué le han hecho a usted? ¿Quién le ha encerrado a usted?

JULIA. *(Saliendo a su vez, con el rostro igualmente labrado de arañazos, torcido el sombrero y desgarrado el traje, y dirigiéndose al* DUQUE.*)*—¡Te acordarás de mí!

PIGMALIÓN.—¡Otra que tal! ¿Quién es esa señora? *(Los muñecos danse unos a otros con el codo, y se miran entre sí, satisfechos de su obra, a pesar de su miedo.)*

JULIA. *(Señalando a los muñecos.)*—¡Esos, ésos me han atropellado! ¡Cobardes! ¡A una mujer sola!

PIGMALIÓN. *(Señalando al* DUQUE.*)*—Yo la veo a usted acompañada...

DUQUE. *(A* JULIA.*)*—¡Cállate! ¡Basta de espectáculo! ¡Estamos en evidencia! ¡Qué vergüenza para mí!

JULIA.—¡De otras cosas te debía dar vergüenza!

DUQUE.—¡Que te calles digo!

PIGMALIÓN.—¿Cómo está Pomponina entre los muñecos, y usted encerrado ahí con esta señora?

DUQUE.—No tengo por qué darle a usted explicaciones. Vámonos. *(Llega con* JULIA *hasta la puerta central, deteniéndose antes de salir, para amenazar con el ademán a la hilera de muñecos.)* ¡Adiós, Pomponina! ¡Aunque se oponga el mundo entero, muy pronto volverá a ser mía!

JULIA.—¡La destrozaré yo antes!

DUQUE.—¡Será difícil! *(A los muñecos.)* ¡Y vosotros, peleles, vais a durar muy poco! *(Señal de la cruz.)* ¡Por éstas! *(Tirando del brazo de* JULIA.*)* Vmos, tú, vamos. *(Salen ambos. Fuera torna a oírse unos instantes sólo la gritería de los muñecos presos en el carro, que se alborotan al ver pasar la pareja.)*

PIGMALIÓN. *(Sonriente, viendo salir a* JULIA *y al* DUQUE.*)*—¡Buen viaje! *(Queda unos segundos pensativo, mirándose la punta de las botas.)*

ESCENA IX

PIGMALIÓN y los ocho muñecos, en fila, junto a la pared.

PIGMALIÓN. *(Para sí, luego de haber reflexionado unos instantes.)*—La verdad es que intentando burlarme mis fantoches, me han vengado. *(Tiemblan éstos de nuevo, sin quitarle de encima los ojos.* PIGMALIÓN *cruje el látigo, yendo ante ellos.)* ¡Cómo tembláis! Si no fuese porque, a pesar mío, tengo muy halagada la vanidad al ver lo bien que os fabriqué y la vida que os he dado, ya os hubiera hecho trizas a todos, menos a Pomponina. ¡Sería lástima que desapareciese de la tierra una belleza tan inútil y perfecta. *(Restalla otra vez, con fuerza, la fusta en el aire. Se acentúa el tembleteo de los muñecos, entre chirridos prolongados de resortes y muelles sacudidos.)* Hay miedo, ¿eh?

URDEMALAS. *(Que es el único que no tiembla.)*—Regular nada más.

PIGMALIÓN.—¡Hola, Mefisto! ¡Esta escapatoria debe de ser cosa tuya, ¿verdad?

URDEMALAS.—¿De quién si no? Ya ves, para ser un muñeco no me he portado mal. Debes estar satisfecho de tu obra.

PIGMALIÓN.—No lo creas. Todo artista de veras está siempre por encima de su obra y piensa superarla. La admira y la desprecia. Estoy haciendo ahora algo mecánico más asombroso que tú y mejor que el hombre.

URDEMALAS.—No es culpa mía si no me has hecho a mí lo mejor.

PIGMALIÓN.—Ni mía. He hecho lo que he podido. Sois un simple ensayo.

URDEMALAS.—Ten cuidado con ese ensayo, que te puede costar caro.

PIGMALIÓN.—¡Amenazas a mí! ¡Necio! Creí que discurrías mejor.

URDEMALAS.—No tengo más discurso que el que me has dado.

PIGMALIÓN.—Pues creí que te habría dado más listeza. Rebelaros contra mí es tan inútil como escaparos. Yo soy el hombre, el fuerte, el amo, el creador. Vosotros sois mis juguetes, mis peleles, mis bufones... ¡Nada! ¡Tan míos sois como esta fusta con que os azoto! *(Dales otro latigazo. Menos* URDEMALAS, *quéjanse todos, doloridos, arrimándose más*

la pared.) Yo haré muy en breve algo mejor que el hombre; pero vosotros no sois todavía más que polichinelas de mi teatro, capricho ingenioso de mi fantasía y habilidad de mecánico, esclavos míos, en fin. ¡Sois un prodigio, y no sois nada!

URDEMALAS.—Como tú. Tanto orgullo y eres un efímero, y acabarás también en nada, como todos los hombres.

PIGMALIÓN.—¿Qué sabes tú, monigote, qué hay después de la vida?

URDEMALAS.—Y tú, ¿lo sabes acaso?

PIGMALIÓN.—Te atreves a replicarme, estúpido. Yo solo me basto para reducirte a ti, a los demás y a un pueblo entero de polichinelas como vosotros. Por eso he querido perseguiros yo solo, sin auxilio de nadie. Llevar gente conmigo era daros demasiada importancia y demasiada vanidad de mi parte. Yo no soy un farsante. Conozco el alcance de mi obra. *(Azótales con otro latigazo. Rehilo de temblores descompasados en la fila, llena de pánico.)* ¡A ver! ¡Dad un paso adelante! Mañana, por la noche, cuando os presentéis al público de España por primera vez, nadie creerá, al veros representar tan disciplinados y bien unidos mis farsas, que hayáis sido capaces de escaparos y de rebelaros como hombres, siendo fantoches. ¡Vamos! ¡Vivo! ¡Un paso adelante! ¡Aprisa! ¡Al carro! *(Los muñecos oscilan vacilantes.)*

URDEMALAS. *(A los autómatas.)*—¡Quietos! *(A* PIGMALIÓN.*)* No nos da la gana de ir.

PIGMALIÓN.—No, ¿eh? *(Torna a restallar el látigo, vuélvese hacia la puerta central, que señala con el dedo, y exclama a toda voz, en tono imperativo y rotundo.)* ¡Al carro! *(Los muñecos, aterrados, van saliendo de la fila que formaban en la pared, y empiezan a caminar lentos, uno tras otro, en dirección a la puerta central.* PIGMALIÓN, *sin darse vuelta para mirarlos, sigue señalando con el dedo la puerta, seguro de sí mismo y de ser obedecido.* URDEMALAS *lleva rápido ambas manos a la espalda, coge la escopeta, la empuña en un santiamén y dispara a boca de jarro tras de* PIGMALIÓN. *Este cae instantáneamente.)*

PIGMALIÓN. *(Desplomado en tierra.)*—¡Ay!... ¡Socorro! *(Los muñecos detienen su marcha y quédanse atónitos, mirando el cuerpo, tumbado en tierra. Fuera resuena otra vez el griterío muñequil.* URDEMALAS *deja la escopeta en el suelo, avanza resuelto adonde yace* PIGMALIÓN, *se inclina y lo observa ante sus compañeros, asombrados, quietos, rígidos, cual si hubiesen perdido súbitamente el don de moverse. Una pausa de silencio en la estancia, sólo alterado por el chillar de fuera.)*

URDEMALAS. *(Después de haber contemplado a* PIGMALIÓN *atentamente.)*—Se le paró el muelle central. *(Alzase presto apoyando el pie en el pecho de* PIGMALIÓN.*)* ¡He ahí el gran artífice! *(Arrecia fuera el griterío de los muñecos presos y atados en el carro. Luz pálida de amanecer naciente en las ventanas.)*

DON LINDO. *(Dando un paso.)*—¿Qué ha sido?

URDEMALAS.—Ya lo has visto. Que le he matado.

POMPONINA. *(Dando otro paso al lado del paje y fijándose en* PIGMALIÓN.*)*—¡Huy, qué pálido se pone!... ¡Yo nunca vi un muerto!

DON LINDO.—¡Libres al fin!

BERNARDO, AMBROSIO *y* EL ENANO. *(Como en éxtasis.)*—¡Al fin, al fin!

DON LINDO. *(Abrazando a su muñeca.)*—No tengas ya más amores que conmigo, Pomponina mía.

POMPONINA.—Haré todo lo posible, Lindito.

DON LINDO.—¡Olvidemos lo pasado!

POMPONINA.—De todo lo pasado tiene la culpa ese Pigmalión *(Señalando al caído.)*, que me hizo tan floja de tornillos.

LUCAS.—Un momento. *(Va corriendo a la mesa donde está la lámpara, cogiendo ésta, llevándola adonde está* PIGMALIÓN *y poniéndola a su lado, en tierra.)* Ya que no tenemos aquí cirios para honrar a los muertos, como hacemos en las farsas, alumbrémosle con esta lámpara. *(Rodean todos a* PIGMALIÓN, *observándole curiosos.)*

URDEMALAS. *(Llevándose un dedo a los labios.)* —¡Psss! Callémonos ya, y vayámonos al carro, donde deben estar atados los demás, y larguémonos a todo escape, sin desatarlos ni contarles nada de esto hasta que estemos muy lejos.

POMPONINA.—¿Por qué?

URDEMALAS.—Porque si no querrán entrar aquí a ver el muerto, y perderíamos mucho tiempo. Se nos echa encima el día, y va a llegar gente a esta casa.

DON LINDO.—Sí, vámonos, vámonos.

POMPONINA.—¿Adónde?

URDEMALAS.—A la aventura con nuestros compañeros, campo adentro y mundo adelante. Adonde nos lleve nuestro sino de muñecos prodigio.

DON LINDO. *(Entrelazando a* POMPONINA *por el talle.)*—¡Sí, sí, vamos al azar, a la aventura, tras de nuestra suerte!

URDEMALAS.—¡Venid conmigo todos! ¡Huyamos! ¡Libertad! ¡Libertad! *(Sale, seguido de los muñecos, que gritan también.)* ¡Libertad, libertad! *(Aumenta de un modo espantoso el vocerío de fuera.* JUAN EL TONTO, *que sale el último, torn*

la puerta central, mira otra vez a PIGMALIÓN, *y haciendo uevos visajes grotescos, restriégase contentísimo las maos, lanza en un tono indefinible su* Cu, cu, *y se queda, esconido, en escena. Oyese, entre una gritería ensordecedora, treidar el camión-automóvil, que arranca de pronto y se va ráido, perdiéndose todo estrépito en la lejanía. Después, un ilencio profundo. En las ventanas, luz morada y tenue de urora.)*

ESCENA ULTIMA

PIGMALIÓN, caído en tierra. JUAN EL TONTO en su escondite.

PIGMALIÓN. *(Incorporándose a medias, trabajosamente.)*—Al fin se fueron!... Si no finjo la muerte acaban antes conigo. *(Intentando levantarse en vano.)* ¡No puedo!... ¡Me esangro, me muero solo, sin nadie que me auxilie!... Los ioses vencen eternamente, aniquilando al que quiere robares su secreto... Iba a superar al ser humano, y mis primeros utómatas de ensayo me matan alevosamente...

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN.—¿Estás ahí tú?

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN.—Tú me socorrerás, tontín; tú eres el bueno...

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN.—Ayúdame... Sin ti me moriría.

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN.—Sería lástima... Nadie volverá a fabricar muiecos tan perfectos y vivos como yo.

JUAN.—Cu, cu.

PIGMALIÓN. *(Incorporándose a medias.)*—¿Pero qué haces, ue no me ayudas? *(Acércase* JUAN *a* PIGMALIÓN *y golpéale on la escopeta la cabeza.* PIGMALIÓN *da con el busto pesadaente en tierra.)*

JUAN. — Cu, cu. *(Nuevos visajes grotescos, restregándose ontentísimo las manos. Deja rápido la escena, y asómase a a ventana, alzando las manos y dirigiendo la última mirada* PIGMALIÓN.*)* Cu, cu. Cu, cu. Cu, cu.

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA OBRA



Urdemalas.



Bernardo.



El tío Paco.

OBRAS DE JACINTO GRAU

PUBLICADAS

Trasuntos; con una carta-prólogo de D. Juan Maragall. (López, editor, Barcelona.)

Las bodas de Camacho; comedia lírica en un acto, sacada del *Quijote*, en colaboración con Adriano Gual, música del maestro Ferrán, estrenada en el teatro Tívoli, de Barcelona.

El tercer demonio; esbozo de comedia, en un acto, estrenada en el teatro Lara, de Madrid.

Don Juan de Carillana; comedia en dos actos y tres cuadros, estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid. (Edición Atenea.)

Entre llamas; tragedia en tres actos y un epílogo, estrenada en el teatro Principal, de San Sebastián. (Edición Renacimiento.)

El conde Alarcos; tragedia romancesca en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid. (Edición Atenea.)

En Ildaria; comedia en dos actos, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid. (Edición Atenea.)

El hijo pródigo; parábola bíblica, estrenada en el teatro Eslava, de Madrid. (Edición Atenea.)

Conseja galante; cuento ingenuo en dos actos y un epílogo. (Edición Atenea.)

La redención de Judas; estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid; seguida de *Sortilegio, Horas de vida* y *El rey Candaules.* (Edición Editorial América.)

El mismo daño; estrenada por la compañía Atenea en León. (Edición Atenea, publicada en el mismo tomo de *El señor de Pigmalión.)*

ESTRENADAS, SIN PUBLICAR AÚN

El caballero Varona.

EN PRENSA

El cuento de Barba Azul (inédita).
Totó.
El burlador que no se burla (inédita).

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTÍN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA, S. A.—Sección de Publicaciones

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTIÓN ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARÍA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASÓ MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCÁPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTÓN-MARTÍN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VÍA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrère y Francisco de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.

23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Número homenaje a María Guerrero.)

24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.

25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.

26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.

27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.

28. TU SERÁS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de Góngora.

30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaecho, música de Soutullo y Vert.

31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

33 LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque, música de Moreno Torroba.

34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.

36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.

37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.

38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, basada en la obra de Julio Dantas "La Severa", música del maestro Rafael Millán.

39. LA CURA, de Pedro MuñozSeca y Enrique García Velloso.

40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.



PERO GRULLO

Rivadeneyre (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.